

BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERVICIO
SECRETO

Ss

POR TELEFONO,
DESDE LAS VEGAS

*Lou
Carrigan*



El apartamento estaba en el séptimo piso de un bonito y moderno edificio en una de las colinas de la ciudad de San Francisco, cuyas luces proporcionaban un resplandor tenue en la sala de estar... No había ninguna luz encendida en la sala de estar, ni en todo el apartamento, pero se podían distinguir los muebles y objetos gracias a la luz del exterior, que tomaba un cierto tono azulado debido a la luna que parecía verterse en la gran terraza solitaria.

No había nadie en el apartamento...

El silencio era total.

¿No había nadie? ¿Realmente?



Lou Carrigan

Por teléfono desde Las Vegas

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1628

ePub r1.0

Lds 11.02.19

Título original: *Por teléfono desde Las Vegas*

Lou Carrigan, 1981

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



PRELUDIO

Con suave zumbido de su poderoso motor, el gran coche negro parecía más volar que rodar por la carretera 95, en dirección a Las Vegas y procedente de Carson City. A ambos lados, sólo desierto. En el cielo que parecía de cristal negro, miles de estrellas.

Dentro del coche, cuatro hombres; dos en el asiento delantero, dos atrás. Los dos de delante, y uno de atrás, habían rebasado ya los treinta y cinco años; sus rostros eran duros, herméticos; para un observador avezado en tales asuntos, una simple mirada a sus chaquetas, en el lado izquierdo, habría sido suficiente: iban armados.

El cuarto no. El cuarto era un muchacho de poco más de veinte años, muy rubio, de grandes ojos que destacaban en la oscuridad del interior del coche. Alto, fuerte, de hombros anchos y rostro enérgico, joven, sí, pero de expresión poco amistosa, agresiva.

—¿Adónde me llevan? —preguntó de pronto.

—Cerca de Las Vegas —replicó el que se sentaba a su lado—. Estarás bien allí. Y todo lo que tendrás que hacer será esperar instrucciones en el *bungalow* que te hemos preparado. No tienes por qué preocuparte de nada, todo está bien.

El que iba junto al conductor volvió la cabeza.

—Quizá el muchacho no esté contento con que le hayamos sacado de la prisión —observó irónicamente.

El joven Kit Irving movió la cabeza negativamente.

—No es eso... Es que no acabo de comprender por qué se han molestado por mí. Sacarme de allí no ha sido fácil: han tenido que preparar muy bien las cosas, pagar sobornos... Han corrido un riesgo...

—Yo insisto en que el chico no está contento de haberse fugado

de la prisión... ¿Quieres que demos la vuelta y te llevemos de nuevo allá?

—¡No! —exclamó Kit—. ¡Claro que no!

—Bueno. Entonces, simplemente, acepta la libertad, la buena vida que vas a pegarte durante unos cuantos días y, finalmente, las instrucciones que recibirás. Eso es todo.

—Aunque, claro —puntualizó el que se sentaba junto a Kit Irving—, como comprenderás, no te hemos sacado de allá por nada, muchacho.

—Ya supongo que esperan algo de mí, pero me gustaría saber ya de qué se trata, y quiénes son ustedes.

—Somos gente lista que necesita muchachos como tú. Con eso debe bastarte por ahora, porque...

—Hey —dijo el conductor—; ahí tenemos el camión...

—Asegúrate de que es el nuestro —exclamó el que se sentaba a su lado, mirando hacia adelante.

El conductor lanzó unas ráfagas en señal convenida hacia el enorme camión al que habían alcanzado de pronto. Las luces de atrás de éste se encendieron y se apagaron, brilló el intermitente de la derecha, luego el de la izquierda. Ya no cabían dudas.

—Preparados —dijo el conductor del coche.

El camión mostró pocos segundos después las luces rojas del frenado. Un poco más allá, se detuvo completamente, y la tapa que cerraba la caja bajó, convirtiéndose en una rampa por la que ascendió el coche negro. El conductor paró el motor y apagó las luces... La tapa del camión fue cerrada de nuevo y la oscuridad fue absoluta allí dentro. El motor del camión, hasta entonces al ralenti, volvió a rugir con fuerza. Seguían el camino.

—Cuando vayan a darse cuenta —sonó una voz en la oscuridad —, ya no quedará ni rastro de nosotros.

Kit Irving, el recién fugado presidiario, dividía sus pensamientos en dos vertientes. Una, lo terrible que debía ser estar ciego. Dos, lo extraño de todo aquello, lo maravilloso de su recién conseguida libertad por fuga, qué podían esperar de él...

Finalmente, el camión se detuvo. Kit calculó que había transcurrido por lo menos una hora... La tapa de atrás fue abierta y una luz lívida, azulada, inundó la gran caja del camión.

—Baja —dijo el que estaba a su lado.

El muchacho no replicó. Salió del coche, saltó a la carretera, y se quedó mirando al hombre que estaba junto a la rampa, y que le hizo señas para que le ayudase a subirla de nuevo. Una vez cerrado el camión, el hombre señaló hacia el borde de la carretera. Fueron allá, mirando Kit hacia el frente del camión. En aquella dirección, no muy lejos, se veía un resplandor de luces increíble, que parecía de colores. No necesitaba preguntar para saber de qué se trataba: Las Vegas.

Salieron de la carretera, y se adentraron por el desierto un centenar de metros, hasta llegar ante un gran bulto. Su acompañante retiró la vieja lona que lo cubría, dejando al descubierto la poderosa motocicleta.

—Ahora debes continuar solo. Estamos en el Punto de Despedida. Supongo que ellos te han dicho el camino que debes seguir ahora para encontrar el *bungalow*...

—Sí, sí... También me han dado algo de dinero, y una pistola...

—Bien. Recuerda: nada de tonterías, muchacho. Estamos haciendo una inversión contigo, y nos disgustaría mucho que lo echases todo a perder por tomar unos tragos, buscar una chica, o comprar drogas... Ni acercarte a Las Vegas, ¿de acuerdo? Sólo ve a la cabaña y espera. Si sabes comportarte con inteligencia, dentro de muy poco tendrás motivos para alegrarte de haber sido elegido para formar parte de nuestro grupo. ¿Alguna pregunta... razonable?

—No.

—Adiós.

El hombre regresó al camión, que continuó su ruta hacia Las Vegas.

Durante unos segundos, Kit Irving permaneció inmóvil, mirando las luces rojas que se alejaban. Luego, miró la rutilante iluminación de Las Vegas, cuyo brillo impedía ver las estrellas.

Finalmente, colocó bien la motocicleta, montó, la puso en marcha y partió en busca del *bungalow* donde lo único que tenía que hacer, no sabía por cuánto tiempo, era esperar.

Una cosa era segura para Kit Irving: peor que en la cárcel no estaría en ningún sitio.

CAPÍTULO PRIMERO

El apartamento estaba en el séptimo piso de un bonito y moderno edificio en una de las colinas de la ciudad de San Francisco, cuyas luces proporcionaban un resplandor tenue en la sala de estar... No había ninguna luz encendida en la sala de estar, ni en todo el apartamento, pero se podían distinguir los muebles y objetos gracias a la luz del exterior, que tomaba un cierto tono azulado debido a la luna que parecía verterse en la gran terraza solitaria.

No había nadie en el apartamento...

El silencio era total.

¿No había nadie? ¿Realmente?

De alguna parte brotó un suspiro... Un suspiro lento y profundo.

Sólo eso. Luego, el silencio reanudó su reinado. Un minuto, dos, tres... Quizá sí que el apartamento tan románticamente iluminado estaba vacío...

De pronto, sonó el teléfono, de un modo normal, sin duda, pero en aquel silencio pareció más bien un poderosísimo timbre de alarma: *¡trüünnnggg... trüüünnnggg..., trüüünnnggg...!*

Algo se movió en el apartamento... Una pierna apareció por un lado del sofá. Una robusta y velluda pierna masculina. El pie fue, directo, admirablemente preciso, hacia el teléfono que estaba sobre la cercana mesita en la que se veía un cubo con una botella dentro y dos copas. Se oyó un pequeño crujido cuando el pie golpeó el teléfono, lanzándolo fuera de la mesita.

¡Trüü...!, hizo el aparato, en su última resonancia frustrada.

—Eres un bruto —susurró dulcemente una voz femenina en el sofá—. Has debido romper el teléfono...

—¿Te causaría eso tristeza? —preguntó una voz masculina.

No hubo respuesta. De nuevo el silencio... Pero sólo durante

unos pocos segundos, transcurridos los cuales, otra voz, como lejana, metalizada, resonó en el apartamento que, ya con seguridad, no estaba vacío.

—¿Basil? ¿Me oyes, Basil? ¡Basil, contesta!

Se oyó el chasquido de un beso. Luego, la voz masculina, siempre en el sofá:

—Maldita sea mi estampa...

—Será mejor que contestes; así terminarás de una vez, mi amor.

—Que se vaya al demonio quien sea; ya se cansará.

—¡Basil! ¡Soy Gordon Rumaker...! ¿Me oyes, Basil?

En el sofá se oyó un fuerte respingo y roce de piel. En seguida, sobre la alfombra, un golpe sordo, seguido de una exclamación femenina:

—¿Te has hecho daño, mi amor?

—No... Yo siempre me apeo así de los asientos, vida mía.

Se oyó una deliciosa risita femenina.

—Has caído como una rana —sonó la voz, entre risas angelicales.

—Muy graciosa, nena, muy graciosa...

En la zona de luz, sobre la alfombra, apareció la figura de un hombre, gateando rápidamente hacia el teléfono. Una mano grande, velluda, fuerte, asió el auricular. El hombre se sentó, cruzando las piernas.

—¿Sí? Tío Gordon, dime... ¿Eres tú?

—¡Basil! —Restalló de nuevo la voz del comunicante en la sala.

—Que sí, hombre, que soy yo: Basil... ¿Qué pasa?

—Gracias a Dios, muchacho... Bueno, prepara tu equipaje y vente para aquí.

—¿Para Las Vegas?

—Claro. ¿Cuánto tardarás?

—Pues son las... ¿Qué hora es?

—Las cinco de la mañana.

—¡Las cinco de la mañana...! —aulló Basil Conan—. ¡Éstas no son horas de llamar a nadie!

—¿A qué hora llegarás?

—No lo sé. Tendré que mirar los horarios de vuelo... No lo sé, pero saldré cuanto antes. Tío Gordon, ¿qué está pasando ahí?

—Kit Irving se ha fugado de la prisión. Me lo han comunicado

hace poco más de una hora.

—Tomaré el primer avión.

—Basil, no se trata sólo de eso. Además hay... Bien... Será mejor que hablemos esto directamente, Basil.

—De acuerdo. ¿Estás en tu apartamento?

—Según la hora que llegues. Si son más de las ocho, estaré en el Departamento, naturalmente. Basil, tráete a tu fulana.

—*Okay*, tío Gordon. Hasta pronto.

—Hasta pronto, muchacho. Y gracias.

Basil Conan colgó el auricular, colocó el aparato sobre la mesita y fue a sentarse en el borde del sofá.

—No sabía que tuvieras un tío —dijo la voz femenina.

—No es mi tío. Es sólo un buen amigo de mi padre. A decir verdad, el único amigo auténtico que tuvo en su vida. Me conoce desde niño, y que yo recuerde, siempre le llamé tío Gordon.

—Pero ¿quién es en realidad?

—Gordon Rumaker. Es capitán de la policía... Ahora está en el Departamento de Las Vegas.

—¿Quién es Kit Irving?

—¿Lo has oído? —Volvió la cabeza Basil hacia el asiento del sofá.

—Claro. Con este silencio y con las voces que daba tu tío Gordon, no he tenido más remedio. ¿Quién es ese Kit Irving?

—Un golfo de siete suelas al que tío Gordon metió en la cárcel para cinco años hace dos. Un muchacho listo, que podría haber sido cualquier cosa buena, pero que le dio por meterse en líos de drogas y cosas aún más asquerosas. Tío Gordon lo cazó, junto con otros... Y ahora, ese muchacho se ha fugado...

—¿Importa mucho eso?

—No sé. A veces, las amenazas se olvidan... Pero ese chico le escupió a la cara de tío Gordon que cuando saliese de prisión se lo iba a cargar. Y por lo que a mí respecta, le creo capaz de ello.

—¿Vas a hacer de guardaespaldas de tu tío?

—Más o menos. No sé exactamente. Aunque me sorprende que me haya llamado por eso. Tío Gordon no se ha asustado jamás por nada, como mi padre.

—¿Y tú?

—Yo he pasado miedo tantas veces en mi vida, que cuando

pienso en ello me tiembla la corbata.

Se oyó una risita.

—Pero ahora no llevas corbata.

—Tú tampoco...

De nuevo la risita femenina..., que quedó cortada cuando Basil Conan se inclinó hacia el asiento del sofá. Silencio. Silencio. Silencio. Silencio. Sil...

Un suspiro.

—¿De verdad vas a ir a Las Vegas?

—Tengo que ir. Lo siento, mi dulce vidita.

—¿Y quién cuidará de mí?

—Pues... tu padre, ¿no?

—Oh, Dios mío... ¡Si papá se enterase de que estoy aquí contigo...!

—¿Se lo vas a decir tú?

—¡Claro que no!

—Yo tampoco. Voy a afeitarme...

Apareció la figura masculina..., pero también aparecieron unos brazos femeninos, que rodearon su cuello.

—Aclaremos las cosas: ¿qué es eso de que lleves a tu fulana? ¿Tienes una fulana?

—Desde hace años, La encontrarás en el segundo cajón del centro del armario. Por cierto, podrías sacarme ropa de allí, para ahorrar tiempo.

—¿Me estás diciendo, con toda desfachatez, que hace años tienes una amiguita? Entonces, ¿qué pinto yo aquí?

—Ya no queda champaña —dijo el hombre, tras desprenderse de los bellos brazos femeninos y mirar la botella al trasluz—. Voy a afeitarme. Anda, sé buena nena y prepárame algo que ponerme.

La figura masculina se puso en pie. Se movió... y desapareció de la sala de estar. Pocos segundos después, hasta allí llegó el resplandor de una luz eléctrica. Luego, se oyó el rumor de la ducha...

Tres minutos después, Basil Conan se estaba secando, mirándose al espejo. Torció el gesto cuando se miró la lengua.

—Mi madre, ¡vaya noche...!

Comenzó a afeitarse. Estaba terminando cuando apareció en la puerta aquella preciosidad de criatura, de grandes ojos castaños,

cabellos negros, boquita sonrosada y llena, rebosante de dulzura... Por toda indumentaria llevaba cruzada sobre el pecho una, funda que contenía una automática, pendiente de los atalajes para sujetarla al hombro y la axila.

—He encontrado esto en el segundo cajón del centro del armario —dijo—. Eres muy chistoso, ¿sabes?

—Cada cual elige la amante a su gusto, y el mío es éste: una automática. Y te aseguro que me ama mucho... Si no fuese por ella, hace años que me habría quedado lejos de casa..., en cualquier cementerio. ¿Me has preparado algo de ropa?

—Sí, Y una maleta... No sabía que fueses tan ordenado. Lo tienes todo en perfectas condiciones. Mejor que yo en casa... ¡Dios mío, si vieses mi armario, en casa...! ¿Crees que papá se habrá dado cuenta de mi ausencia?

—No sé, pero tengo la certeza de que tarde o temprano me complicarás la vida. Hazme un favor, llama a ver qué vuelo me consigues para Las Vegas, El primero, sea como sea.

—Bueno.

La muchacha salió del cuarto de baño, todavía con la pistola colgando de su hombro. Basil terminó de afeitarse, fue al dormitorio y se vistió rápidamente. Cuando apareció en la sala, la dulce muchacha estaba mirando con curiosidad la pistola, que sostenía con sus blancas manitas.

—No juegues con eso. —Basil se la quitó, se colocó la funda, y se puso la chaqueta—. ¿Qué horario tengo?

—Vuelo 77, de la American, sale a las ocho y diez... No. Perdona, a las ocho menos diez.

—Pues no creo llegar allá en diez minutos... En fin, tendré que ir a ver a tío Gordon al Departamento. Bien, adiós...

—¿Te vas ya? Faltan casi tres horas para...

—Soy un hombre de muchos recursos, así que quizá consiga algún vuelo especial si me doy una vuelta por el aeropuerto. Preferiría hablar con tío Gordon en su apartamento, la verdad...

La bellísima muchacha alzó sus bracitos hasta el cuello de Basil Conan.

—¿Volveremos a vemos? —susurró.

—Seguro, nena... Te llamaré cualquier día de éstos.

Basil Conan besó los femeninos labios, que estaban fríos y

rígidos. Pero simuló no darse cuenta de ello. Tomó su maleta, y salió del departamento, sin que en su rostro se hubiese estremecido el más insignificante de los músculos.

A las ocho menos diez emprendía el viaje hacia Las Vegas, después de haber buscado en vano algún amigo que lo llevase en un avión de carga, o vuelo «chárter», lo que fuese...

Mala suerte, pero, al fin de cuentas, tampoco era ninguna hecatombe hablar con tío Gordon en si Departamento de policía en lugar de su apartamento...

* * *

Cuando Gordon Rumaker miró su reloj por enésima vez, eran las ocho menos nueve minutos.

«Ya no puedo esperarle más —pensó—. Y desde luego, si no está ya aquí es porque no ha podido».

Se dirigió hacia la puerta de su apartamento, un tanto preocupado. Hacía más de dos horas que esperaba a Basil, ya vestido. Pero durante tres años, había llegado cada día al *Police Department* a las ocho en punto, y no era cosa de fallar ahora.

Llegó al estacionamiento subterráneo mirando de nuevo su reloj. Tenía tiempo, utilizando el coche... Se detuvo, cerró los ojos y reflexionó: ¿dónde había dejado el coche la noche anterior...? Lo recordó, giró a la derecha, y fue hacia allá. Ajá, exacto.

Abrió la portezuela, se sentó ante el volante, y metió la mano derecha en el bolsillo de la chaqueta, buscando las llaves.

—Rumaker... —Oyó tras él.

Gordon Rumaker se sobresaltó, lógicamente. Volvió vivamente la cabeza, todavía con la mano derecha metida en el bolsillo de la chaqueta.

Lo único que tuvo tiempo de ver fue la pistola con silenciador, a menos de un palmo de su cabeza.

Luego, vio los fogonazos, y todavía pudo oír:

Plop, plop, plop.

CAPÍTULO II

El médico de turno en el depósito de cadáveres alzó la blanca mortaja, mientras miraba fijamente a Basil Conan, El cual, a su vez, se quedó mirando fijamente el cadáver.

—Es él, lo sabemos ya, por supuesto, pero...

Ni un músculo se movió en el pálido rostro de Basil.

—Por supuesto que es él —murmuró.

Todavía estuvo unos segundos mirando aquel rostro lívido, del cual había sido limpiada la sangre, de modo que se veían perfectamente los impactos de los tres balazos: uno bajo el pómulo derecho, otro en la garganta, el tercero unos diez centímetros más abajo, hacia el centro del pecho.

Eran las diez menos cuarto de la mañana. Basil Conan había llegado al apartamento de «su tío Gordon» pocos minutos después de las nueve, pensando que quizá había decidido esperarlo allí, y, por otra parte, le venía de pasada al taxi. Pero no... Gordon Rumaker no estaba en su apartamento. En cambio, sí había policías por allí, algunos en el apartamento, otros en el estacionamiento. Muchos policías. Uno de ellos, el sargento Lenning, se había acercado a él; su rostro, en aquellos momentos, tenía un color casi tan azul como el de su uniforme. Ahora, de pie al otro lado de la mesa en la cual yacía Rumaker, el sargento Lenning, simplemente, estaba pálido.

—Está bien —susurró Basil.

Salió de aquel frío lugar, seguido por el sargento Lenning, que movió negativamente la cabeza cuando le ofreció un cigarrillo. Basil encendió el suyo y se quedó mirando el humo, que se distinguía como un preciso dibujo contra la ventana que permitía ver el sol del exterior, el claro, radiante día de otoño.

—Supongo —dijo de pronto— que están buscando a Kit Irving ya, sargento.

—Sí... Bien, nos estamos ocupando adecuadamente de ello.

—¿Adecuadamente? ¿Qué quiere decir?

—Estamos vigilando a su hermana. Fue lo primero que decidimos hacer, y ya hay dos hombres allí.

—No sabía que Kit tuviese una hermana... ¿Vive en Las Vegas?

—Cerca. En una casa que parece un jardín, en Boulder Road. Eso está camino de la presa.

—Sí, ya sé... ¿Simplemente la vigilan?

—Por el momento, sí. No es muy probable, claro, pero quizá el muchacho acuda a ella... O quizá ya está en la casa, escondido allí.

—Eso solamente lo haría un imbécil —rechazó Basil—. ¿Es imbécil Kit Irving?

—No. De todos modos, pensamos que ganamos más vigilando a la muchacha que abordándola directamente. Si la dejamos en paz, quizá en un momento determinado se reúna con su hermano, o le preste ayuda de algún modo. Si vamos a verla, se asustará, y por mucho que sepa, ya no nos dirá nada.

Basil Conan se quedó mirando en verdad perplejo al sargento Lenning.

—¿Está usted hablando en serio? —se interesó.

—Sí, claro... Claro.

—¿De manera que si esa chica dice que no sabe nada es que no sabe nada..., y ya está?

—¿Qué haría usted? ¿Detenerla y golpearla? No podemos hacer eso... Vigilarla, sí. Y nada más. Bueno, también podemos ir a hablar cortésmente con ella, desde luego, pero eso nos parece menos conveniente que vigilarla... discretamente.

—Quizá tenga razón. —Basil se quedó mirando la brasa del cigarrillo—. Me imagina que están ustedes procediendo según los métodos habituales, esto es, como si se tratase de otro asesinato cualquiera, buscando huellas, interrogando personas que pudieran haber en el estacionamiento, transeúntes que pasasen por allí poco antes de las ocho... En fin, todo eso.

—Naturalmente. Tenemos la certeza de que ha sido Kit Irving, pero no por eso abandonamos nuestra rutina. Y le aseguro que si no encontramos al muchacho, o quien haya sido, no será por falta de

ganas.

—Claro. Voy a estar en el *Rowan Hotel*, sargento. ¿Me llamarán allí en cuanto sepan algo?

—Está bien, pero... Bueno, señor Conan, ¿por qué hemos de hacerlo? Quiero decir que usted, simplemente, según tengo entendido, era amigo de Gordon Rumaker, así que no veo por qué hemos de tenerle informado. Comprenda lo que quiero decir...

—Lo comprendo. ¿Le ayudaría a ser amable conmigo el saber que tío Gordon me quería como si fuese hijo suyo?

—Ah... Bien, eso no lo sabía... Lo tendré en cuenta, naturalmente, considerando que por su parte, usted también siente su muerte como si se tratase de su padre.

—Casi. Voy a instalarme en el hotel.

—Muy bien. Señor Conan, ¿por qué está usted en Las Vegas?

—Le va a parecer una enorme casualidad, sargento, pero, simplemente, me pillaba de camino en uno de mis viajes, y quise saludar a tío Gordon.

—Sí... Una casualidad considerable, pero admisible... ¿A qué se dedica usted? Bueno, como dice que su trabajo consiste en viajar...

—Digamos que soy... una especie de asesor financiero. Me llaman de muchos sitios, pidiéndome consejos para hacer inversiones de importancia.

—Ah, sí... Me imagino aproximadamente lo que es eso. Caramba, debe ser usted un hombre muy inteligente, señor Conan.

Basil Conan se dirigió adonde había dejado su maleta, la cogió y caminó hacia la salida, murmurando:

—Hasta ahora, al menos, ningún cliente se ha quejado de mis servicios. Adiós, sargento. No lo olvide, estoy en el *Rowan*...

CAPÍTULO III

Había alquilado un coche, con el que había partido hacia la presa por Boulder Road, buscando «una casa que parecía un jardín». Con estas señas, y tras circular arriba y abajo por Boulder Road, la casa sólo podía ser aquélla que ya le había llamado la atención al pasar por delante la primera vez.

Naturalmente que había visto el coche dentro del cual dos hombres parecían estar esperando muy pacientemente. Pero, como ellos no le conocían a él, pues habían sido enviados allí antes de que llegase al apartamento de Gordon Rumaker, no había peligro de que le fuesen con el cuento al sargento Lenning.

«En cierto modo —pensó—, estoy engañando al sargento. Pero sólo en cierto modo: al decir que iba a estar en el *Rowan Hotel*, se entendía, supongo, que iba a parar allí, no a pasarme el día en mi habitación...».

Con naturalidad, finalmente, detuvo el coche delante de la casa que parecía un jardín. Por el retrovisor echó un vistazo hacia el coche donde estaban los dos detectives encargados de vigilar las visitas de la hermana de Kit Irving, y sonrió. Seguro que estaban con los ojos como cámaras fotográficas mirando hacia él.

Se apeó y entró en el jardín, que le pareció poco menos que una jungla casera. Lo cual no era fácil en un lugar como aquél... Pocos segundos después se detenía ante la puerta de cristal de la casa, y entonces lo comprendió todo: a la derecha había un cartel dorado en el que, con letras negras, se indicaba que Kate Irving se dedicaba a la cría, importación y venta de aves exóticas.

«La vida es cada día más sorprendente», reflexionó Basil.

Empujó la puerta de cristal y entró en lo que, ahora, se veía claramente que era una tienda de pájaros y demás bichos capaces

de volar, o que, al menos, tenían alas: loros, pericos, papagayos, pavos reales, flamencos, pájaros-lira... En un rincón, al fondo, había una jaula en la que debía haber cientos de colibríes... El jaleo era espantoso allí: era como tener la cabeza metida en una cabina donde se estuviese dando una audición de música pop. De todos modos, era muy bonita aquella variedad de colores. De bellos colores que sólo la Naturaleza puede proporcionar a sus criaturas...

Precisamente cerca de la jaula de los colibríes había una puerta, que se abrió cuando Basil estaba contemplando una fanfarrona exhibición de un pájaro-lira... Se dio cuenta de ello sin mirar, como tantas veces le había ocurrido, y volvió la cabeza.

«Hermosa ave exótica», pensó.

No era un ave, pero, cuando menos, era exótica. La muchacha debía tener poco más de veinte años, y era bonita de verdad, con unos sensacionales ojos azules, y unos larguísimos cabellos rubios como el mismísimo oro. Vestía unos supercortísimos *shorts* y una blusita suelta, sin abotonar, y anudadas las puntas por encima del ombliguito. Iba descalza, y sus pies se veían llenos de tierra, o algo parecido. Seguramente, nadie se habría sorprendido demasiado si la hubiesen visto dentro de una jaula con un cartel que dijese: *Exoticus Despampanante Hembrae*. (Se encuentra prácticamente en todo el mundo).

El ejemplar de *Exoticus Hembrae* se acercó a Basil Conan, sonriendo amablemente.

—¿Diga, señor?

—¿Qué?

—¿Qué desea?

Basil se llevó una mano a la oreja.

—¡No oigo nada! —gritó.

Ella alzó las cejas, volvió a sonreír, comprensivamente ahora, y le hizo señas para que la siguiera. Fueron hacia la puerta por la cual había aparecido la muchacha, ella le señaló el otro lado y Basil entró, encontrándose en un invernadero de reducido tamaño que, olía a tierra caliente y mojada, con el techo de cristal. Estaba detrás de la casa, evidentemente.

La muchacha cerró la puerta y el guirigay quedó razonablemente amortiguado.

—Perdone —se excusó—. Tengo que ponerles comida de un

momento a otro y parece que se impacientan.

—Lo comprendo. ¿También vende plantas tropicales?

—Sí, en efecto. Precisamente las estaba regando ahora. Es un poco tarde, desde luego, pero anoche salí y esta mañana me he levantado un poco más tarde... ¿Desea alguna planta, quizá?

—Pues, no... No...

—Entonces, un pájaro.

—Sí..., sí, exactamente.

—Como habrá podido observar —era la muchacha quien observaba ahora muy atentamente a aquel ejemplar formidable de *Bellus Athleticus Masculinae*— tengo una gran variedad de pájaros... ¿Tiene ya pensado alguno en particular?

—Desde luego.

—Magnífico —la muchacha sonreía cautivadoramente—. ¿De cuál se trata? Espero tener algún ejemplar en la tienda.

—En la tienda, no sé, pero es muy fácil de conseguir. Se llama Kit Irving.

—¿Qué? —Palideció la muchacha.

—Digo que estoy buscando un pájaro llamado Kit Irving. ¿No es usted la señorita Irving?

—Sí... Sí, pero...

—¿Pero...?

—Bu... bueno, mi..., mi hermano no..., no está, señor..., señor...

—Conan. Ya he supuesto que su hermano no estaría aquí, pero tengo la esperanza de que pueda decirme dónde se halla en estos momentos.

—No... Bueno, mi hermano está..., está de viaje, señor Conan...

—¿De viaje? ¿Adónde ha ido?

La muchacha tragó saliva. El color volvía lentamente a su rostro. De pronto, suspiró con fuerza y dijo, con voz más firme:

—Tengo la impresión, señor, de que usted sabe perfectamente que mi hermano está en prisión. ¿Qué es lo que pretende? Si pretende molestarme a mí por lo que hizo Kit, avisaré a la policía. Se lo advierto.

—¿A la policía?

—Y ahora mismo.

Basil se pasó una mano por la boca, mientras lanzaba un veloz

vistazo a las plantas tropicales. Hacía un calor tremendo allí dentro, se iba dando cuenta de ello. Y comprendía también por qué la muchacha iba con tan reducida indumentaria...

La miró de pronto, fijamente.

—¿Usted no sabe que su hermano se fugó anoche de la prisión, señorita Irving?

Ella se llevó una mano a la boca, abrió mucho los ojos, retrocedió un paso.

—Oh... ¡Oh, no! —gimió.

—Le aseguro que es cierto. ¿De verdad no lo sabía?

—Dios mío, ¡claro que no!

—Entonces..., ¿no lo ha visto por aquí?

—No, no, no... ¡Está loco! No debió hacerlo, no debió fugarse... ¡Me ha estado prometiendo todo el tiempo que se portaría bien, incluso que intentaría le redujesen la condena por buena conducta...! Ahora lo volverán a capturar, tendrá que pasar más tiempo allí dentro...

—¿Iba usted a visitarlo?

—Sí... Claro que sí... Iba de cuando en cuando. La última vez me pareció... ¡Lo que usted dice no es posible!

—Bueno, señorita Irving, tengo cosas mejores que hacer que venir a engañar a una muchacha tan encantadora —casi sonrió Basil—. Le aseguro que es cierto. Y no sólo se ha fugado, sino que esta misma mañana se ha vengado...

—¿Se ha..., se ha... vengado...?

—Ha asesinado de tres disparos de pistola al capitán Gordon Rumaker, de la policía. ¿No sabía esto tampoco?

Kate Irving se tambaleó. Basil adelantó un paso y la tomó por los brazos. La muchacha estaba lívida, y comenzó a tartamudear. No se le entendía una sola palabra. Basil la sacudió, más bien amablemente, y fue como colocar en su sitio unas piezas sueltas.

—¡No es verdad! —gritó ella—. ¡No es cierto, usted miente!

—Cálmese. Por favor, señorita Irving, cálmese. Creía que usted ya sabía algo, que quizá había escuchado la noticia por la radio. Por favor, le ruego que me crea... De otro modo, no me habría comportado así... Lo siento de veras.

Ella estuvo unos segundos mirándole fijamente. Por fin, de pronto, pareció serenarse.

—¿Es... es usted de la policía?

—No.

—¿No? ¿Qué es, entonces?

—Un amigo de Kit... ¿De verdad no sabe dónde?

—¿Usted es amigo de mi hermano?

—Desde luego. Quiero encontrarlo antes que la policía, para ponerlo a salvo.

—¿Por qué?

—Pues a lo mejor —casi volvió a sonreír Basil—, por tener una hermanita tan linda. Es una buena razón, ¿no le parece?

—Usted..., usted me está engañando, es un policía...

—No. Los policías son los que están afuera, en un coche, vigilando su casa, por si Kit tiene la estúpida idea de acercarse a usted. ¿No ha visto tampoco el coche con dos hombres dentro?

—No... No...

—Pues es bien fácil verlos, desde la misma puerta.

La muchacha vaciló. Luego, salió del invernadero, haciendo un gesto a Basil para que la siguiera. Salieron a la tienda, y de allí por una puerta que había al fondo opuesto del invernadero, pasaron a un reducido vestíbulo, del que arrancaba una escalera. Subieron por ésta. Llegaron a un descansillo y Kate Irving empujó la puerta.

Entraron en un saloncito de lo más coquetón, extremadamente limpio, alegre, lleno de sol, que se filtraba por las blancas cortinas de tergal. Ella fue hacia las cortinas, las apartó un poco, y miró hacia el exterior. Luego se volvió hacia Basil, mirándole de un modo extraño.

—¿De verdad no es usted de la policía?

—Lo juro —alzó una mano Basil.

—¿Ni del FBI?

—Lo rejuro.

—¿Y es... amigo de Kit?

—Mis únicas intenciones hacia él son ayudarle. ¿Quiere que lo jure también?

—No, no... Señor Conan, sé que no va a creerme, pero... no sabía nada de todo esto. ¡Lo que sí sé es que Kit no ha matado a nadie!

—¿Cómo puede estar segura de eso?

—¡El sería incapaz de matar a nadie, lo sé!

Basil Conan asintió con la cabeza, pensativo. Movi6 su metro ochenta y dos de m6sculos hacia la ventana, y se qued6 all6, como si pudiera ver a trav6s de las cortinas con sus perforantes ojos grises. Durante un par de minutos, todo lo que pudo ver de 6l, Kate Irving, fue la ampl6sima espalda, la nuca que parec6a cortada a pico, como la de un 6guila, las grandes manos velludas colgando a los lados, inertes, en completo reposo... Durante aquellos dos minutos, Basil Conan parec6a uno de esos maniqu6es en los escaparates de indumentaria masculina.

—De acuerdo —se volvi6 de pronto—. Usted y yo vamos a hacer un trato, se6orita Irving... 6Cu6l es su nombre?

—Kate...

—Muy bien, Kate... —Basil se acerc6 y le pas6 un brazo por los hombros—. Los dos queremos ayudar a Kit, 6no es cierto? Pues lo vamos a hacer a mi modo. Y le advierto una cosa, con toda seriedad: si usted toma iniciativas o pretende enga6arme, no me venga luego con reclamaciones ni lamentaciones... 6Est6 esto bien claro?

—S6...

—Estoy en el *Rowan*. Basil Conan. Si Kit viene por aqu6, o la llama por tel6fono, o se comunica por cualquier medio con usted, no haga nada, no le diga nada a 6l: simplemente, av6seme al *Rowan*. 6Lo har6?

—6Y si usted me..., me est6 enga6ando y s6 es de la polic6a?

—En todo caso, lo menos malo que puede ocurrirle a su hermano es caer en manos de la polic6a.

—6Lo menos... malo? 6Qu6 quiere decir?

—No me haga m6s preguntas. Acepte mi ayuda o rech6cela... No tengo la menor intenci6n de presionarla demasiado, pues a fin de cuentas, se trata de la vida de su hermano. Usted elija, Kate.

—Yo..., yo har6 lo que usted me diga...

—Pues ya lo he dicho. Adi6s... Oh, bueno, ya que estoy aqu6, 6por qu6 no me vende alg6n p6jaro?

—6Quiere..., quiere comprarme... un p6jaro?

—Naturalmente. Un colibr6 estar6 bien. No hay que exagerar. Supongo que dispone usted de jaulas para que pueda llev6rmelo.

—S6... Oh, s6, claro...

—Pues vamos all6.

Bajaron a la tienda, y la muchacha atrapó un colibrí con la redecilla de mango en la jaula gigante. Se lo puso en una pequeña y lo colocó sobre el mostrador de cristal, ante el cual estaban los dos.

—¿Cuánto le debo?

—Nada —respingó ella—. Por supuesto que nada...

—Pero debe tener un precio, ¿no?

—Veinticinco dólares... Pero, señor Conan, por favor...

—Está bien. —Basil alzó la jaula y miró a su ocupante a través del fino enrejado, como una malla—. Caramba, qué bicho tan pequeño, ¿verdad?

—Es de la familia de las troquílidas, del género *Trochilus*. Es exclusivo de nuestro continente, a pesar de que algunas personas dicen que también en Europa hay colibríes, que en realidad pertenecen a los nectarínidos. A los colibríes se les llama también «picaflores» y «pájaros-mosca». Algunos, como la especie *Mellisoma mínima*, son tan pequeños que a veces los confunden con moscardones... La mayoría pueden volar hacia atrás.

Basil Conan consiguió salir de su pasmo.

—¿Qué le parece? —farfulló—. Vistas así las cosas, yo diría que veinticinco dólares es un precio barato... ¿De verdad no quiere cobrármelo?

Katherine Irving sonrió, se puso sobre las puntas de los pies y besó en los labios, brevemente, dulcemente, a su visitante.

—Gracias, señor Conan —musitó luego, bajando la mirada.

—Gracias a usted, por sus dos regalos —murmuró él.

Salió de la tienda, fue hacia su coche, acomodó al pájaro en el asiento contiguo al suyo, lo miró, y movió la cabeza.

—¿Qué te parece? ¡Y todo por veinticinco miserables dólares...!

Emprendió el regreso a Las Vegas.

CAPÍTULO IV

El teniente Miles, del *Police Department*, alzó la mirada y vio, en el borde de su mesa, la jaula, recién colocada allí. Durante un par de segundos, estuvo contemplando al diminuto pájaro. Luego, alzó la mirada bastante más, y la fijó en aquel par de ojos grises que le contemplaban inexpresivamente. Después de esto, miró al sargento Orson Lenning, quien, evidentemente, había introducido hasta su despacho al visitante.

—¿Es él? —preguntó.

—Sí, señor —asintió Lenning—. Ha pedido verle a usted, como encargado directo del caso, y me pareció que usted también querría recibirle.

—Desde luego que sí. Gracias, sargento. ¿No quiere sentarse, señor Conan?

El hombre de los ojos grises se sentó. Miles esperó a que el sargento abandonase su despacho, y entonces señaló la jaula.

—Es un colibrí, ¿verdad?

—Sí. Un pájaro fantástico, exclusivo de nuestro continente. ¿Lo sabía usted, Miles? Y puede volar hacia atrás.

—Fantástico. ¿Le parece que ha hecho bien visitando a la hermana de Kit Irving?

—Puede detenerme por ello, si no le parece acertado.

Miles sonrió, pero sin la menor espontaneidad. Ofreció un cigarrillo a Conan y luego, expulsando el humo del suyo, dijo:

—Aquí, en Las Vegas, todos queríamos mucho a Gordon, señor Conan. Eso, naturalmente, le convierte a usted en... amigo nuestro, por decirlo de algún modo. Sin embargo, lo estamos investigando.

—¿A mí? —sonrió Basil.

—A usted.

—Bueno, cuando sepan algo interesante, me avisan. Me gustará mucho saber qué se dice de mí por esos mundos. Mientras tanto..., ¿cómo van las cosas?

—Igual que al principio. Todo se reduce a buscar a ese muchacho..., que quizá hubiese ido a ver a su hermana. Eso, si usted no la hubiese asustado.

—Mis procedimientos, teniente, quizá no sean tan ortodoxos como los de ustedes, pero en general suelen darme buenos resultados, se lo aseguro. De todos modos, no he venido en realidad a hablar de los Irving, ni de este asunto.

El teniente Miles se quedó mirándole asombrado.

—¿No? ¿De qué ha venido a hablarme, entonces?

—De Gordon Rumaker.

—¿De... «su tío»?

—Sí. ¿A qué estaba dedicado últimamente?

—Un capitán del departamento de policía tiene siempre muchas cosas que hacer.

—Dígame una en especial.

—No pienso hacer semejante cosa, señor Conan.

Basil dio una última chupada al cigarrillo, lo aplastó en el cenicero, y se puso en pie, cogiendo la jaula.

—Lo hará —dijo sosegadamente—. Y cuando esté dispuesto, me hallará en mi habitación del *Rowan*.

* * *

A las seis y media de la tarde, el teléfono de su habitación no había sonado ni una sola vez. Esto es, que o bien Kit Irving no se había puesto en contacto con su hermana, o bien ésta no había querido avisarlo a él de que tal cosa había sucedido...

Pero a esa hora sí sonó una llamada a la puerta de la habitación, y Basil saltó de la cama, se anudó bien la corbata, y se puso la chaqueta. Cuando abrió la puerta, no se sorprendió lo más mínimo al ver a su visitante.

—¿Qué tal, teniente? Pase, por favor.

—Gracias —murmuró Miles, entrando.

—Siéntese donde pueda... Y dígame a qué debo el honor de su visita. ¿Un cigarrillo?

—Estoy fumando demasiado hoy, gracias. Respecto a su pregunta de esta mañana. —Miles se sentó al borde de la cama— le diré que, de modo especial, Gordon Rumaker la había tomado con Ronald Shapiro. No es que le molestase, pero se ocupaba de él digamos con verdadero ahínco. Muy discretamente, pero lo hacía.

Basil se sentó en una silla, con el respaldo por delante, frente a Miles.

—¿Quién es Ronald Shapiro?

—El propietario de la casa de juego llamada

Monte's

—Ah, sí... La he visto, entre otras. ¿Por qué se ocupaba tanto mi tío Gordon de husmear a Shapiro?

—No lo sé. Y quiero aclararle una cosa: la que le estoy diciendo es una deducción personal, obtenida por mis conversaciones con Gordon. Quiero decir que no es nada oficial... ¿Comprende?

—Le garantizo que no buscaré compromisos a la policía —casi sonrió Basil—. Y debo entender, claro, que oficialmente no tienen nada contra ese Shapiro.

—Nada en absoluto.

Monte's

es una casa de juego como las demás, eso es todo.

—Pero usted y yo sabemos que tío Gordon no era tonto, ¿verdad, teniente? Bueno, ¿cómo van las investigaciones?

—Ya tenemos las balas clasificadas por Balística. Y sabemos que en el coche no encontraremos jamás huellas que puedan ayudarnos. Está lleno de ellas por todas partes, de tantas personas que es absurdo insistir por ese lado. En cuanto a la posibilidad de que alguien hubiese visto a Kit Irving por el estacionamiento, olvidémosla. Nadie vio a un muchacho alto, fuerte, rubio, de ojos azules... Nadie.

—¿Y usted está sorprendido?

Miles se encogió de hombros.

—Yo nunca me sorprendo de nada. Simplemente, trabajo... Emprendo un camino y lo sigo hasta el final, o hasta donde mis fuerzas o inteligencia me lo permitan.

—Eso es vivir sensatamente. ¿Llegaron los informes sobre mí?

—Desde luego. De otro modo no estaría aquí.

—Claro. Y según entiendo, esos informes no le han sorprendido.

—Ligeramente. De todos modos, al menos tengo la seguridad de que usted no nos complicará la vida, haga lo que haga..., porque lo hará bien.

—Agradezco su confianza. ¿No puede decirme nada más sobre Ronald Shapiro?

—Es alto, guapo, elegante, tiene unos cuarenta años, sus cabellos son rojos, siempre lleva una flor en el ojal, y fuma cigarros habanos. Si usted entra en el

Monte's

a partir de las siete y media de la tarde, lo identificará en seguida. Generalmente, tiene cerca a dos guardaespaldas... Ya sabe, ese tipo de gente que se dedica a proteger la intimidad y la tranquilidad de la gente con mucho dinero.

—Sí —sonrió despectivamente Basil—, conozco el tipo. ¿Llevan armas?

—No. —Miles miró la axila izquierda de Basil—. O si las llevan, sus trajes están cortados tan bien como el de usted, de modo que no se notan.

—Oh. Bueno, ¿recuerda alguna cosa más que estuviese interesando de modo especial a tío Gordon?

—Varias pequeñas cosillas que no creo puedan interesar a un hombre como usted. Y en realidad, creo que tampoco encontrará nada verdaderamente interesante en la vida de Shapiro. Pero, claro, si se enterase de algo, espero que sepa mostrarse agradecido.

—Sea lo que sea lo que sepa, se lo diré... oportunamente. Gracias, Miles.

—Tengo curiosidad por saber cómo trabajan ustedes. Es la primera vez que se cruza uno en mi camino... ¿Qué tal el colibrí?

—Lo tengo en el cuarto de baño. Pero estoy pensando... No sé: ¿a usted no le parece una salvajada meter en una jaula a un animalito que puede subir hasta el cielo?

—A mí me parece una salvajada meter en una jaula a cualquier animal, aunque sea de los que se arrastran por el suelo. Claro está, el hombre está incluido.

—Ya. Pero las jaulas las han inventado los hombres, ¿no es así? Pues que se joroben. Por otra parte, si alguien no quiere que le metan en una jaula, todo lo que tiene que hacer es no dar motivos...

En cambio, este animalito... ¿qué ha podido hacer para merecer vivir entre rejas?

—Podríamos decir que es su destino.

Por un instante, el rostro de Basil Conan mostró una expresión dura.

—Yo no creo en el destino, teniente. El destino es el que cada uno consigue para sí. Todo lo demás, no es el destino, sino las imposiciones de los otros. Si yo voy a la guerra y me matan allí..., ¿debo entender que ése era mi destino? ¿O debo entender que he muerto porque otros me han hecho ir a la guerra?

Miles movió la cabeza, sonriendo, y se puso en pie.

—Voy a ver si como algo... ¿Acepta que le invite?

—En otra ocasión.

—Bien. —Miles fue hacia la puerta, la abrió, y se volvió—. Ah, la pistola era una 22; naturalmente, dispararon con silenciador. Que se divierta en el

Monte's.

* * *

Debían ser las ocho cuando Basil Conan entró en el
Monte's

, después de dar un paseo por la Strip, la inimitable calle central de Las Vegas, llena de luces de colores, procedentes de los casinos: el *Flamingo*, el *Desert Inn*, el *Opalocka*, el *Las Vegas*, y docenas más, de cuyas puertas se podía obtener una película interesantísima, pues entraban y salían personas de todas las razas, clases y aspectos. Rutilantes coches recorrían la Strip arriba y abajo, se veían grupos de jóvenes que reían demasiado, muchachas que sonreían demasiado bien, escaparates deslumbrantes...

En el

Monte's

el ambiente era más o menos el mismo que en los demás. Primero, Basil se dio una vuelta por la sala de atracciones, donde tomó un *whisky* mientras contemplaba la anatomía verdaderamente atractiva de tres muchachas que estaban haciendo un «cuadro» que le dejó impávido. Basil tenía treinta y dos años, y eso era ya mucha edad para desconocer cosas que aquellas muchachas supiesen. Aunque,

claro, siempre hay «especialistas» que lo pueden sorprender a uno.

Aquél no era el caso. Tampoco le pareció gran cosa la pareja de cantantes que siguió; empezaron cantando en susurros, y luego comenzaron a gritar de tal modo y a estremecerse tan violentamente que decidió estar lejos de allí cuando tuviesen el definitivo ataque de epilepsia.

Nada más entrar en la sala de juego, cuya puerta se abría de par en par a la calle, vio a Ronald Shapiro. Pero, más sorprendente que éste fue el hecho de que, a su vez, Ronald Shapiro le viera a él. No le miró, como podía mirar a cualquier otro cliente de su casino, sino que le vio. La mirada entre ambos duró menos de un segundo, pero, cuando se dirigió hacia una de las mesas de dados, Basil Conan sabía ya que Shapiro le había visto.

Se colocó junto a la mesa, y contempló la jugada en que el cliente perdió, con un seis. Bueno, mala suerte...

—Hola.

Volvió la cabeza, vio a la muchacha que le sonreía, y sonrió a su vez.

—Hola, ¿qué tal, nena?

—Asombrada. Confíame un secreto: ¿por qué eres tan alto, tan guapo, tan fuerte y con esa cara tan de hombre?

—Perdóname, pero mi papá me dijo cuando tenía seis años que no confiase mis secretos a ninguna mujer.

—Tu papá era muy malo...

—Sí, quizá. Pero ¿qué quieres? Me convenció para que no confiase en las chicas. Toma —le entregó un dólar—: cómprate un yate.

Se alejó, prescindiendo de la muchacha, que había enrojecido de rabia... Fue hacia una de las máquinas tragaperras, ante la cual había una anciana, echando moneda tras moneda, impávida. Moviò la cabeza, y reanudó su deambular. Encontró una máquina libre, y se colocó delante. Comenzó a echar monedas...

«¿Trampas en el juego?», pensó. No. Tío Gordon no se habría dedicado a vigilar a un tipo como Shapiro por una cosa así. En primer lugar, porque se hacen muchas menos trampas de las que el público cree. En segundo lugar, porque un capitán de policía dispone de personal que puede ocuparse de esas pequeñeces. No. Trampas, no. ¿Trata de muchachitas? Bueno, ¿quién se molesta de

eso en Las Vegas? Claro que siempre hay ejemplares especiales para clientes especiales, pero no... Eso también era sencillo.

Después de gastar veinte dólares en vano, se alejó de la máquina tragaperras..., pero sólo un par de pasos, pues casi tropezó con la blanca pechera de un *smoking*; alzó más la mirada, y vio la no menos blanca, simpática, cordial sonrisa de Ronald Shapiro.

—¿No hay suerte? —preguntó Shapiro.

—Pues no. —Basil dirigió una veloz mirada a los dos mocetones con cara de pocos amigos que había detrás de Shapiro—. Pero no importa. La mala suerte no dura siempre. Ni la buena.

—Inteligente actitud. ¿Por qué no prueba en la ruleta?

—Demasiada cara para mí.

—Pero jugando en las tragaperras nunca se hará rico.

—Puede que no. Oiga..., ¿quién es usted? ¿Nos conocemos?

—Me parece que no. Pero como propietario del casino me esfuerzo en ser amable con todos mis clientes.

—Inteligente actitud.

Shapiro se echó a reír.

—Es usted ingenioso, señor...

—Dean Martin. O no... Espere; hoy me toca ser Jerry Lewis. ¿O Frank Sinatra...? No recuerdo. Llámeme Joe, señor Shapiro.

—Observo que usted sí me conoce a raíz, señor Joe.

Basil Conan sonrió como podría hacerlo una hiena a la que le hubiesen contado un chiste.

—¿Y usted a mí no? —musitó.

—Tengo entendido —dijo apaciblemente Shapiro— que es usted familia del malogrado capitán Rumaker.

—Casi hijo. Me imagino que usted me ha abordado para darme el pésame.

—A mi manera, sí —asintió Shapiro, entornando los ojos—. El capitán Rumaker y yo éramos buenos amigos. Era un hombre inteligente, muy amable... Nunca tuvimos roces de ninguna clase.

—Es bueno saber eso. Precisamente...

Basil había mirado un instante hacia los espejos que había en un lado de la sala. Fue una simple mirada casual, pero de resultados sorprendentes, aunque su rostro no se alteró en absoluto: al fin y al cabo, entre otras cosas y muchas personas, todo lo que había visto era una rubia caminando a espaldas de él hacia el fondo del local;

una rubia que llevaba un precioso abrigo con cuello de visón, o algo parecido. Su mirada fue tan breve, se controló de tal modo, que Shapiro no pudo darse cuenta de nada. Simplemente, lo miró interrogante, como sorprendido por su súbito silencio.

—Decía usted que precisamente...

—Ah, sí. Es que de pronto he recordado que tengo que ir a ver al teniente Miles, por si sabe algo de todo esto... Iba a decir que precisamente tío Gordon me había hablado muy bien de usted, la última vez que nos vimos.

—¿De veras? Bueno, fue muy amable por parte de él acordarse de mí en sus conversaciones familiares... Me gustaría saber si puedo hacer algo por usted, señor Joe.

—¿Por mí? No... No creo. Pero gracias de todos modos. Lo que sí podría usted hacer es asistir al entierro de tío Gordon: es consolador que a uno vayan a despedirlo todos sus buenos amigos.

—Lo haré, por supuesto. ¿Es mañana, quizá?

—Dadas las circunstancias, creo que será pasado mañana... Señor Shapiro, ¿puede perdonarme? De verdad: he recordado que tengo que ver al teniente Miles. Va a pensar que no siento interés por todo esto... ¿Me disculpa?

—Desde luego. No olvide avisarme del sepelio.

—No lo olvidaré. Gracias... Adiós, adiós...

Basil se dirigió rápidamente hacia la calle, respecto a la cual ya no le importaba nada. Se dirigió a buen paso hacia el Departamento de Policía, pero, al llegar cerca, desvió velozmente la marcha hacia una esquina. Una vez doblada la esquina, casi echó a correr. Llegó en menos de dos minutos a su hotel, se metió en el coche, lo sacó del estacionamiento, y regresó hacia el

Monte's

. Tuvo que estacionar en doble fila durante cinco minutos. Transcurrido este tiempo, salió un coche bien estacionado, y ocupó su lugar. Apagó las luces, y pareció querer desaparecer en el asiento. Sacó un cigarrillo, pero lo volvió a guardar... Su mirada estaba fija en la puerta del

Monte's

La muchacha rubia con el abrigo con cuello de visón salió casi media hora más tarde.

Basil se irguió en el asiento, y llevó la mano a las llaves, que pendían en el contacto. Pero siempre mirando a la muchacha... La vio entrar a comprar tabaco, en lo cual invirtió ni siquiera veinte segundos. Luego, salió, subió a un descapotable, y partió, calle abajo.

Puso en marcha el coche, y salió tras ella, tras encender las luces reglamentarias.

«No puede ser —se dijo—. Y si lo es, su presencia en el *Monte's*

no puede ser casual, sobre todo teniendo en cuenta que tío Gordon andaba tras Shapiro. Y si esa rubia es ella, bien seguro que tío Gordon no sabía en qué lío se estaba metiendo...».

No tuvo la menor dificultad en seguir a la muchacha rubia del descapotable. El recorrido duró apenas cinco minutos, hasta que el coche se detuvo delante de un bonito *bungalow*, ya fuera de Las Vegas, cuyo resplandor lo inundaba todo, en cien millas a la redonda...

La muchacha saltó del coche, y entró en la cabaña, por sus propios medios; esto es, utilizando una llave, no llamando. Se encendió la luz, que iluminó primero una ventana, luego otra...

Basil Conan se apeó, fue directo hacia el *bungalow*, y pulsó el timbre.

La puerta tardó casi medió minuto en abrirse. Detrás apareció la muchacha rubia, ahora ataviada con una camisita dorada y transparente de tamaño supermini.

—¡Oh! —exclamó.

—Hola —sonrió secamente Basil.

La muchacha se dispuso a cerrar la puerta, pero él puso una mano en la madera y fue como clavarla.

—¡Suelte la puerta! —gritó ella—. ¡Creí que era otra persona...!

Basil empujó, con suavidad, pero con firmeza que desplazó a la muchacha, casi derribándola. Entró, cerró, y dirigió una veloz mirada a todos lados.

—¿Estás sola, según entiendo?

—¡Salga de aquí! ¡Usted...!

—Vamos, vamos, querida Octavia, no seas descortés... ¿O quizá no me recuerdas?

—¡No me llamo Octavia, ni sé quién es usted! ¡Salga de aquí

inmediatamente!

Conan se adentró en la cabaña, fue hacia el teléfono, y lo descolgó. Se volvió hacia la muchacha con el auricular tendido hacia ella.

—Puedes llamar a la policía para que me eche, si quieres.

Ella parpadeó, se mordió los labios.

—Escuche, señor, no quiero jaleos... Por favor, márchese.

Basil le dirigió una mirada fría, cruel, incluso. Una mirada que recorrió el cuerpo de la muchacha, de arriba abajo, de abajo arriba, lentamente... Un cuerpo fino, de formas erguidas, perfectamente visibles.

—¿No quieres que repitamos nuestras... escenas de amor en Roma, Octavia?

—No he estado nunca en Roma... ¡Usted me está confundiendo con otra persona!

—No, no... —Basil colgó el auricular, y se acercó a ella—. Recuerdo perfectamente tus negros ojos, tus largos cabellos también negros, esparcidos sobre la almohada...

—¡Usted está loco! ¡Mis ojos son azules, y mis cabellos rubios...!

—Bah... ¿Qué son unos colores? Puedes llevar lentillas de contacto de color azul, y cabellos postizos, sintéticos...

—¡Yo no tengo nada sintético!

Basil Conan frunció el ceño. Adelantó una mano, hizo presión, y luego pareció quedar grandiosamente sorprendido.

—Atiza, pues es verdad... Al menos, eso no es sintético... ¿Será posible que me haya equivocado? Claro que han pasado... ¿Cuatro años? No... Tres... Apenas tres, eso es, pues fue en... junio del setenta y uno... Eso es: tres años y pico... ¿O fue en el setenta y dos...? ¿De verdad no es usted Octavia Silone?

—No.

—Bien... Caramba. —Basil se rascó la nuca, perplejo—. Me parece que tendrá que disculparme, señorita..., señorita...

—Adams... Verónica Adams. Está disculpado. Y ahora, señor, márchese, por favor.

—Sí... Verónica Adams... ¿Qué le parece? ¿Cómo se puede ser tan tonto? No sé cómo disculparme... Verá, es que Octavia y yo nos despedimos un tanto... tempestuosamente, y no nos hemos vuelto a ver. Al verla salir del

Monte's...

En fin —movió la cabeza—. Lo siento de veras. ¿Está esperando a alguien?

—No precisamente esta noche, pero esa persona puede llegar en cualquier momento, cuando le plazca.

—Entiendo... Sí, creo que entiendo... Y no le gustaría encontrar a otro hombre con su muñequita, ¿verdad? Bueno... Creo que debo marcharme.

—Se lo suplico.

—Lo siento... Lo siento de veras...

—Sí, sí, está disculpado, pero por favor, márchese.

La muchacha llamada Verónica Adams fue hacia la puerta, y la abrió. Basil Conan todavía estuvo unos segundos mirándola, con expresión que pasaba de perpleja y llegaba a lo tonta. Por fin, movió la cabeza, hizo un gesto de pesar, y salió del *bungalow*... Pero sólo había dado un paso cuando se volvió, impidiendo que la muchacha cerrase la puerta.

—Escuche, por favor, yo me resisto a creer que me he equivocado... ¿Cómo puede demostrarme que usted se llama Verónica Adams?

—¡No querrá que le enseñe mi pasaporte!

—Pues sería una buena idea, la verdad.

Verónica Adams hizo un gesto de impaciencia... De pronto, dio media vuelta, y corrió hacia el dormitorio... Cuando salió, Basil tenía la mano derecha bajo la parte izquierda de la chaqueta, como en pensativo gesto napoleónico... Vio el pasaporte que la muchacha traía, sonrió, y retiró la mano, tendiéndola hacia ella. Tomó el pasaporte, lo abrió, y le echó un vistazo. Volvió a mover la cabeza.

—Soy un cretino —dijo—. No la molesto más. Adiós.

Salió del *bungalow*, se metió en el coche y emprendió el regreso a Las Vegas. Antes de cinco minutos, entraba en el *Police Department*, y se dirigió directo hacia el despacho del teniente Miles, que alzó la cabeza al oír abrirse la puerta.

—Ah, señor Conan —se sorprendió un poco—. Estaba examinando las fotografías de Balística nuevamente. ¿Quiere...?

—Verónica Adams —dijo Basil, secamente, colocándose ante la mesa y sin hacer el menor caso a los trabajos de Balística—. Quiero saberlo todo sobre ella, y usted va a ayudarme, Miles.

—¿De qué está hablando?

—Hay una mujer en Las Vegas que tiene un pasaporte a nombre de Verónica Adams, y cuya última anotación corresponde a la frontera mexicana, en El Paso. Quiero saber si venía sola, con qué coche... Todo.

—Sí, entiendo, pero... usted mismo puede pedir esa información, ¿no es así?

—Escuche, teniente, ¿estamos juntos en esto o no? Necesito su ayuda y sus medios técnicos, de los que yo no dispongo aquí. Tendría que utilizar el teléfono, llamar a...

—Está bien, está bien... ¿Esa mujer tiene algo que ver con lo de Gordon?

—Lo juraría. Y no sólo eso, sino que ha asustado a Shapiro. Lo ha asustado tanto que no me sorprendería que él hiciese alguna tontería.

—¿Por ejemplo...?

—Enviar a alguien a liquidarme.

—Siéntese, Conan. Y si me lo explica todo bien, lo entenderé.

Basil se sentó, colocando la silla con el respaldo por delante.

—Estuve en el

Monte's

. Y por el modo en que Shapiro me miró, comprendí que sabía algo sobre mí. Me conocía. Pero, tanto él como yo, nos hicimos los tontos. Yo esperaba una ocasión para entablar conversación con él, pero he aquí que de pronto, él se pone a hablarme, de tal modo que yo tuve que dar la espalda a la puerta del casino... Pero a pesar de esta maniobra, por medio de los espejos vi entrar a una mujer a la que conocí hace tiempo: se llama Octavia Silone, es italiana...

—¿Ella le conoce a usted?

—Muy bien —sonrió prietamente Basil—. Pero que muy bien, me conoce. Estuvo con Shapiro una media hora. Luego, se fue a un *bungalow*, y yo la seguí. Hemos jugado a ver cuál era más listo, y quizá ella crea que ha ganado la jugada. Pero no... Yo conseguí saber lo que quería, esto es, el nombre que está utilizando con pasaporte falso en Estados Unidos. Ahora, quiero saber qué hacía en México, con quién estaba, si la acompañaba alguien cuando entró en Estados Unidos y dónde están esos posibles acompañantes... ¿Lo comprende?

—Sí, sí, pero ¿qué tiene que ver eso con que Shapiro lo quiera eliminar a usted?

—Primero, ella debió hacerle una seña a Shapiro, desde la puerta, indicándole que me entretuviera para que no la viera entrar. Shapiro no tuvo inconveniente, pues además debía sentir curiosidad hacia mí. Pero luego, los dos debieron verse, en su despacho, o en cualquier habitación del

Monte's

, y ella le ha dicho quién soy... Si Shapiro se ha asustado, querrá matarme. No es lo mismo un fisgón más o menos molesto que un tipo como yo. Y otra cosa: él me conocía ya, incluso de antes de que Verónica-Octavia llegase al

Monte's

—¿Qué quiere decir?

—Pues eso: que me conocía. Sabe perfectamente mi nombre, y mi pretendido parentesco con Gordon Rumaker.

—¿Y quién le ha informado de eso?

—Yo no lo sé, Miles.

—Yo tampoco —palideció el teniente.

—Bueno. ¿Se va a ocupar de Verónica Adams?

—Supongo que puedo mencionarle a usted.

—Desde luego.

—Bien. ¿Dónde puedo encontrarlo?

—En mi hotel, naturalmente.

—Pero si Shapiro se ha asustado, como usted teme, puede que... Bueno, usted mismo ha dicho que quizá envíe a alguien a por usted.

—Que lo haga —dijo duramente Basil, poniéndose en pie—. Precisamente, ésa es la idea. Vaya a verme al hotel cuando sepa algo. Y, por favor, anúnciese cuando esté al otro lado de la puerta... ¿Me comprende, Miles?

El policía se pasó la lengua por los labios.

—Claro... ¿Quiere que vigilemos a esa mujer?

—No. Ella no hará nada... mientras yo esté vivo. Es más: quizá esté preparando las maletas, en cuyo caso quizá sí que convendría... Pero no. Estaba casi desnuda. Se va a quedar..., por ahora. Estaré en mi hotel, Miles.

CAPÍTULO V

Quizá eran las nueve y media cuando sonó la llamada a la puerta. Basil se acercó, pero no oyó nada más. Su boca se plegó en un gesto duro, mientras sacaba la pistola. Se colocó a un lado de la puerta, y esperó, hasta que la llamada volvió a sonar.

—¿Quién es? —preguntó entonces.

—Señor Conan, soy yo: Kate Irving... Le traigo comida para el colibrí.

Por un instante, Basil puso cara de tonto. Luego frunció el ceño y sonrió al mismo tiempo. Metió la mano con la pistola en el bolsillo de la chaqueta, y abrió; colocándose rápidamente al otro lado...

No había cuidado. Kate Irving entró, mirando desconcertada a derecha e izquierda. En este lado estaba Basil, que señaló la puerta.

—Cierre, por favor.

La muchacha obedeció, y se quedó mirando, como si no supiese qué hacer. De pronto, le tendió el pequeño paquete que llevaba en la mano.

—Es... es comida para el colibrí...

—Muy amable por su parte, Kate. Por cierto que no había pensado en eso, así que el pobre, animalito las debe estar pasando hambrientas... ¿No quiere sentarse? —Le acercó una silla—. Iré a darle algo de esto al colibrí.

—Sí... Muy bien.

Basil desapareció en el cuarto de baño. Un par de minutos después, salió, tomó otra silla, la colocó con el respaldo por delante y se sentó frente a Kate, mirándola fijamente.

—Muy bien —susurró—. ¿Dónde está?

—¿Qui... quién...? ¿Qué... qué...?

—Acepto perfectamente que usted sea una nena de tierno corazón que se molesta en llevarle comida a un pajarillo, Kate. Está bien. Pero no ha venido solo a eso... Su hermano se ha puesto en contacto con usted, pidiéndole ayuda, o algo parecido... ¿Dónde está?

—¡El no mató al capitán Rumaker, él no...!

—¡Eso ya lo sé! ¡Y no grite!

Kate Irving tragó saliva, lentamente. Sus ojos estaban desorbitados.

—Él me está esperando —musitó.

—¿Dónde?

—En... en un sitio que utilizábamos para vernos antes de que... de que el capitán Rumaker lo capturase. Quiere que vaya a verlo a las diez.

Basil miró su reloj.

—¿Cuánto tardaremos en ir allá?

—Unos quince minutos...

—Tenemos tiempo. ¿Cómo se ha comunicado Kit con usted?

—Envió un muchacho a la tienda... Le dio dinero para comprar un pájaro y una nota...

—Eso quiere decir que su hermano tiene dinero... Veamos esa nota —tendió la mano.

—La... la quemé.

—Admirable sentido de la discreción. ¿Se dio cuenta de si la policía seguía al muchacho que fue a comprar el pájaro?

—No lo hicieron, no... Es corriente que vengan muchachos a comprarme pájaros, o pericos. Kit sabe esto, así que le dio dinero a uno, y un sobre con una nota... ¿Qué vamos a hacer? La policía...

—Olvide a la policía. Es decir... ¿La han seguido hasta aquí, supongo?

—Sí... Sí. Vi el coche que usted me señaló salir detrás del mío. Creo..., creo que han estacionado delante del hotel. Me temo que le estoy comprometiendo, pero estoy tan asustada...

—No se preocupe. Y dígame una cosa: ¿sigue teniendo confianza en mí?

—Si no fuese así, no... no habría venido, señor Conan.

—Claro. ¡Qué tonto soy!, ¿verdad? Bueno, pues si confía en mí va a hacer exactamente lo que yo le diga. ¿Okay?

—Sí, señor.

Basil le dio un pellizquito a la muchacha en la barbilla.

—Eres una chica lista, Kate. Bien, supongo que cuando me alejé esta mañana de tu tienda, me estuviste mirando, así que sabes cuál es mi coche. Éstas son las llaves —se las tendió—. Baja ahora, entras en mi coche, y me esperas.

—Pero la policía...

—Yo me encargaré de la policía.

—¿Se... se encargará...?

—Sí. —Basil se golpeó la palma de la mano izquierda con el puño derecho, sonriendo secamente—. Me encargaré de la policía adecuadamente. Ve a esperarme en el coche.

—¿Qué... qué va a hacer...?

—Oye, preguntas más que mi profesor de matemáticas, ¿sabes? Tú, baja al coche y espérame allí, eso es todo.

Se puso en pie, la tomó de una mano, y la llevó hacia la puerta. La soltó para abrir, se volvió hacia ella..., y respingó cuando Kate le echó los brazos al cuello y le besó ansiosamente en los labios.

—Gracias, señor Conan... ¡Gracias!

—Lárgate —gruñó él.

La empujó fuera, y cerró la puerta.

En el pasillo, Kate Irving quedó sin saber qué hacer, todavía sofocada. Después sonrió dulcemente y emprendió el descenso. Poco después, salía a la calle..., Desde luego, el coche de la policía estaba allí. Es decir, el coche particular que le había señalado Basil Conan por la mañana diciéndole que los dos hombres que había dentro eran de la policía.

Localizó en menos de un minuto el coche de Basil, abrió, y se sentó en el asiento contiguo al volante. Se inclinó, abrió la portezuela de aquel lado, y se dispuso a esperar. Por el rabillo del ojo miraba hacia el coche de los policías. Seguían allí, dentro del coche. Y naturalmente, la habían visto... ¿Qué pensaba hacer exactamente Basil Conan?

Éste salió del hotel casi cinco minutos más tarde, miró a los lados, localizó el coche de los policías, y, para pasmo y espanto de Kate Irving, se dirigió allá directamente. Se detuvo junto al coche, y el policía que estaba en aquel lado se apeó. Comenzaron a hablar... El otro policía salió también del coche, y se unió a ellos... Parecían

conversar amistosamente.

«Me está engañando —pensó Kate—. ¡Él también es un policía!».

Se disponía a salir del coche y marcharse corriendo cuando sucedió lo inesperado. Inesperado, en cierto modo; no demasiado, si recordaba el gesto de Conan al golpearse una mano con la otra... Esta vez no se golpeó una mano, sino que encajó un tremendo gancho en la barbilla de uno de los policías, que saltó hacía atrás, cayendo dentro del coche, y allí se quedó. El otro policía se sobresaltó, pero no tuvo tiempo de nada más. Un escalofriante corto al estómago le hizo doblarse bruscamente..., para recibir un cruzado que lo tiró contra el coche, donde rebotó, cayó al suelo de bruces, y quedó inmóvil.

Conan se sacudió las manos, dio la vuelta, y caminó tranquilamente hacia su coche. Se sentó ante el volante, miró a Kate, y sonrió fríamente.

—Soy un tipo duro, ¿eh?

Las llaves ya habían sido puestas en el contacto por Kate, así que sólo tuvo que girarla, y el motor lanzó su poderoso resoplido. Cuando Kate Irving fue a darse cuenta, estaba ya rodando por la calle.

—Tú dirás adónde vamos, Kate.

—Pe... pero... ¡ha pegado a los policías!

—¿Se te ocurre algún otro medio para evitar que nos siguiesen?

—¡Pero ahora le buscarán a usted también! ¡Y a mí!

—No te preocupes por eso. ¿Norte o sur?

—Norte... Norte, hacía la presa.

—Ah, por Boulder Road... Bueno, ve indicándome el camino,

* * *

Veinte minutos más tarde, después de dejar atrás el cruce de la carretera asfaltada con el camino de tierra por el cual rodaban en aquel momento, Kate tocó en un brazo a Basil.

—Pare.

El coche se detuvo. No había nada alrededor, sólo desierto, que parecía teñido de color de las luces que llegaban de Las Vegas, De vez en cuando, algún matorral. Casi parecía un paisaje lunar, y el efecto habría sido total de no haber sido por los matorrales.

Basil apagó las luces tras parar el motor.

—¿Y ahora? —Miró a Kate.

Ella no contesto, Salió del coche, se alejó unos pasos, y alzó los brazos, cruzándolos y descruzándolos por encima de su cabeza. De alguna parte llegó de pronto el zumbido de un motor al ser puesto en marcha... Y a los pocos segundos, una motocicleta aparecía, saltando por encima de una pequeña elevación del áspero terreno, con todas las luces apagadas.

Sentado ante el volante, Basil Conan contempló la deportiva aparición de Kit Irving, que llegó ante su hermana en pocos segundos, dejó tumbada la motocicleta y la abrazó. Ed ese momento salió Basil del coche, y comenzó a acercarse a los hermanos Irving...

Bruscamente, Kit separó a su hermana, volvió la cabeza y vio al atlético sujeto que se acercaba.

—¡Kate! —gritó—. ¡Me has engañado...!

—¡No, Kit! ¡Es el señor...!

La muchacha no terminó la frase, sino que lanzó un grito al ver aparecer la pistola en la diestra de su hermano... Para entonces, Basil Conan, que había identificado perfectamente el gesto del muchacho al llevar la mano al bolsillo, estaba ya en el aire, en un salto largo, sorprendente, que hizo gritar a Kit, obligarle a precipitar el gesto de apuntarle...

No consiguió nada. Basil chocó contra él con la cabeza y un hombro, y al mismo tiempo, su mano izquierda aferraba la muñeca derecha del muchacho, con la fuerza de unas tenazas. El fuerte impacto los llevó a los dos al suelo, jadeando y lanzando imprecaciones Kit, mientras Kate gritaba, asustada. Por su parte, Basil no perdió el tiempo en tonterías: golpeó la mano de Kit contra el suelo, haciéndole soltar la pistola, y acto seguido le lanzó un derechazo a la barbilla que terminó el brevísimo combate.

Se puso en pie rápidamente, recogió la pistola, y miró a Kate, cuya palidez era notable al resplandor de las lejanas luces.

—No te asustes, Kate. He tenido que hacerlo, o habría disparado contra mí... Está demasiado asustado.

La muchacha corrió hacia su hermano, se arrodilló junto a él, y se quedó mirándolo. Basil se arrodilló junto a ella, y le pasó un brazo por los hombros.

—Tranquila... Lo menos que merecía el chico era un golpe como

éste, por tonto.

—Lo ha matado... ¡Lo ha matado...!

—No digas tonterías. Dale un par de tortas y verás cómo despierta... Más fuerte, mujer, eso no es nada.

—¡Kit! —Golpeó más fuerte sus mejillas Kate—. ¡Kit...!

Los dos vieron perfectamente como el muchacho abría los ojos. Estuvo como hipnotizado un par de segundos, y de pronto hizo intención de incorporarse. Basil le puso la punta de la pistola en la punta de la nariz.

—Tranquilo, chico. ¿De acuerdo? —La mirada de Kit pareció saltar hacia su hermana, furiosamente; Basil movió la cabeza—. Nada de insultos ni reproches a Kate. Ella y yo estamos de tu parte. Ahora, vamos a sentarnos los tres a conversar tranquilamente. ¿Quieres un cigarrillo?

—Tengo cigarrillos —masculló Kit, sentándose.

—Pues entonces —sonrió Basil—, invítanos. Éste es un estupendo lugar para fumar y charlar. Y quiero que tengamos la fiesta en paz, o me largo de aquí y allá os las compongáis solos, con la policía y con los tipos que te ayudaron a escapar de la prisión... ¿O te escapaste tú solito?

Kit Irving miró a su hermana, que le tomó una mano.

—Por favor... Por favor, Kit, habla con él, dile la verdad. El señor Conan sólo quiere ayudarnos, estoy segura.

—¿Por qué tenemos que confiar en él? ¿Quién es?

—Se llama Basil Conan... ¡Oh, no sé quién es, pero estoy segura de que quiere ayudarnos...!

—Eres una idiota —masculló Kit.

—Me parece —dijo secamente Basil— que aquí no hay más idiota que tú, nene. Si yo quisiera perjudicarte, ya estarías muerto. ¿Por qué tendría que perder el tiempo preguntándote cosas que ya sabría? Un balazo en tu cerebro de mosquito, y asunto terminado. Ahora, toma una decisión: o contestas a mis preguntas, para que yo estudie el mejor modo de ayudarte, o me largo inmediatamente. Reflexiona durante tres segundos, tío listo.

Los tres segundos los invirtió Basil en encender un cigarrillo; de los suyos, pues Kit no parecía dispuesto a invitarle... Pero sí parecía dispuesto a entrar en razón.

—¿Qué quiere usted saber? —murmuró.

—¿Te ayudaron a salir de prisión? ¿Te prepararon la fuga desde el exterior?

—Sí... Sí.

—Cuéntame quiénes fueron y cómo lo hicieron.

—No sé cómo lo hicieron... Pero sé los nombres de los tres sujetos que me recogieron en el coche. Uno se llama Jim Bulwer... Le llamaron Bulwer y Jim, así que... Bueno, de los otros sólo sé sus apellidos: Hardy y Shelley. Primero viajamos en coche, pero luego alcanzamos un camión que...

La explicación continuó hasta que Basil la interrumpió por primera vez:

—¿Para qué te dieron la pistola? ¿Tenías que utilizarla en algún modo?

—No... Me dijeron que todo lo que tenía que hacer era esperar, sin salir del *bungalow*. Cuando llegué allá con la moto, y lo vi, me dije que era un sitio estupendo para pasar unos días tranquilo, esperando instrucciones, y eso es lo que pensaba hacer. Pero por la mañana se me terminaron los cigarrillos, y pensé que no había nada de malo en que fuese a comprar unos cuantos paquetes, así que tomé la moto y me fui en dirección opuesta a Las Vegas. Encontré un parador, y entré. Me fui directo a la máquina, saqué tres paquetes de cigarrillos, y al volverme para marcharme, escuché las noticias de la radio, porque había oído mi nombre... ¡Fue así como me enteré de que habían matado al capitán Rumaker, yo ni siquiera me había acercado a él...!

—No grites —masculló Basil—, que no soy sordo, y además te creo. Muy bien, te enteraste de que habían asesinado a Gordon Rumaker, y que, puesto que tú te habías escapado la noche anterior, te acusaban del crimen... ¿Qué hiciste entonces?

—¡Me largué de allí a toda velocidad, naturalmente! Luego, me he pasado el día escondido, pensando en lo que podía hacer...

—¿No has vuelto por el *bungalow*?

—¡Claro que no! ¡En seguida comprendí que me estaban utilizando para alguna cochinada, así que me escondí!

—Eso estuvo bien —admitió Basil—. ¿Qué más?

—¿Qué más? ¡Nada más! Bueno, cuando empezó a oscurecer, me dije que quizá Kate pudiese ayudarme de algún modo, y pensé ir a verla. Pero comprendí que debían estar vigilándola, así que...

—Ya sé todo el truco del muchacho que fue a comprar un pájaro. ¿Qué más has hecho?

—¡Nada más!

—Está bien. Ahora quiero que pienses muy despacio, Kit. Sin precipitaciones, ¿estamos? Vamos a ver: había tres tipos que se llamaban Jim Bulwer, Hardy y Shelley... ¿Mencionaron a alguien? Piénsalo bien.

—No... Estoy seguro de que no mencionaron a nadie.

—¿Shapiro, quizá?

—No, no.

—¿Verónica Adams?

—No... Seguro: no.

—¿Tampoco a Gordon Rumaker?

—Tampoco. A nadie, de veras... A nadie.

Basil Conan quedó pensativo. ¿Quizá se estaba pasando de listo? Pero no... En primer lugar, recordaba la conversación sostenida con «tío Gordon» a las cinco de la madrugada, en la cual le había dicho que había algo más que la fuga de Kit Irving. Y luego, la presencia de Octavia Silone en Las Vegas... ¡En Las Vegas! ¿Qué demonios podía buscar en Las Vegas una pájara como Octavia? ¿Y realmente había conexión entre la fuga de Kit Irving, el asesinato de «tío Gordon», y la presencia de Octavia Silone en Las Vegas?

—Dame tu cazadora —dijo de pronto.

—¿Qué...? —se desconcertó Kit.

—Tu cazadora. También me voy a llevar tu moto.

—Pero... no comprendo...

—Ya comprenderás...

Basil se puso en pie, fue hacia el coche, se sentó ante el volante, y lanzó tres ráfagas de luz con los faros, que se perdieron en el desierto. Luego, volvió hacia los Irving, que estaban en pie, tensos.

—¿Por qué ha hecho eso? —murmuró Kit.

Basil no tuvo necesidad de responder. No muy lejos aparecieron las luces de un coche, de pronto, y se oyó el zumbido de un motor. Kate lanzó una exclamación, y miró incrédulamente a Basil, que apuntó a Kit con su propia pistola justo cuando el muchacho parecía dispuesto a echar a correr.

—Quieto ahí, nene. Y dame tu cazadora... ¿O prefieres que te la quite?

Kit Irving miró a su hermana, que estaba lívida. Luego, en silencio, se quitó la cazadora... Mientras tanto, el coche aparecido de pronto llegó allí, y se detuvo de tal modo que sus luces iluminaron a los tres. Dos hombres aparecieron poco después en la zona iluminada, y Kate lanzó una exclamación al reconocerlos.

—¡Los policías...!

—Son buenos amigos míos —sonrió Basil—: os tratarán bien.

—¿Qué hacemos con ellos? —preguntó uno de los policías a los que Basil había golpeado delante de su hotel.

—Enciérrenlos. El teniente Miles ya está al corriente, naturalmente, pues le llamé por teléfono, de modo que pudiera avisarlos por la radio del...

—¡Traidor! —aulló Kate—. ¡Traidor asqueroso...!

Se abalanzó contra Basil, que se limitó a mover el brazo izquierdo, desviándola de tal modo que la muchacha cayó de rodillas. Su hermano empezó a correr, pero uno de los policías le puso la zancadilla, derribándolo.

—¡Cuidado! —gritó el otro—. ¡Ha cogido una piedra...!

Kit Irving se revolvía ya, incorporándose y alzando la mano con el pedrusco en ella, pero el policía se adelantó, y le golpeó en la frente con la pistola, fulminándolo.

—Lo siento —masculló.

—No se preocupe, es un chico fuerte —aseguró Basil, inclinándose para tomar de un brazo a Kate, todavía arrodillada—. Vamos, nena: tienes que pasar la noche en la cárcel...

—¡No me toques! —se desasíó Kate apenas estuvo en pie—. ¡No me toques, cerdo traidor! ¡Me das asco, asco, asco...!

—Eso mismo he sentido yo en ocasiones por mi comportamiento, es cierto, nena, pero...

—¡Traidor! ¡Cochino, marrano...!

Basil adelantó una mano, que se posó en un lado del cuello de Kate Irving, al parecer suavemente; pero, de pronto, la muchacha puso los ojos en blanco, y se relajó. Basil la sostuvo en brazos, y la llevó al coche de los policías, seguido por éstos, que transportaron a Kit.

—Caramba —sonrió uno de los policías, señalando a la desvanecida Kate—, qué vocabulario, ¿eh?

—Es una chica muy temperamental —sonrió también Basil—.

Precisamente, a mí me gustan así.

—¡Toma...! ¿Y a quién no?

—La lástima es que las mujeres sólo traen complicaciones. Bien, saludos a Miles.

—¿Se queda usted aquí?

—Sí.

—Pero..., ¿cómo se las arreglará para volver con la moto y el coche?

—He resuelto problemas bastante más complicados.

—De acuerdo. Hasta la vista.

—Adiós.

Un minuto más tarde, Basil Conan estaba solo en el desierto, bajo el resplandor de Las Vegas. Sacó el coche del camino, lo dejó cerrado, y regresó junto a la motocicleta. Se quitó la chaqueta, la colocó en la rejilla bien doblada y sujetándola con la corbata, y se puso la cazadora de Kit Irving.

Finalmente, se marchó de allí, conduciendo con toda naturalidad la poderosa motocicleta.

CAPÍTULO VI

Con un último resoplido, la motocicleta se detuvo delante del *bungalow*, y Basil colocó el soporte, se apeó, y se dirigió hacia la puerta, mientras buscaba en los bolsillos de la cazadora la llave para abrirla.

Naturalmente, no había luz alguna en la cabaña, de modo que eso le favorecía en sus planes. Si alguien estaba acechando por allí cerca, esperando la llegada de Kit Irving, ya le había visto. Es decir, había visto a un hombre alto y fuerte, ataviado con una cazadora, que acababa de llegar en una motocicleta... Y si lo que estaba pensando él se acercaba algo a la verdad, era de esperar que muy pronto tendría visitas.

Lo cual era precisamente lo que él deseaba.

Encontró la llave, la introdujo en la cerradura, y la abrió. Entró sin encender la luz, se volvió a cerrar la puerta de nuevo con llave... y la luz se encendió, al mismo tiempo que una voz irritada preguntaba:

—¿Dónde demonios has estado todo el...?

A esto siguieron dos exclamaciones, mientras Basil, un tanto deslumbrado, se volvía velozmente, llevando la mano al bolsillo en busca de la pistola... Pero no tan deslumbrado que dejase de ver a los dos hombres que, todavía con el sobresalto en el rostro, adelantaban hacia él sus diestras, empuñando pistolas con silenciador..., así que se quedó inmóvil, con la mano muy cerca del bolsillo.

—¿Quién es éste? —gritó uno de los sujetos, transfigurado el rostro por la sorpresa y el sobresalto.

Casi parecía una escena cómica, así que Basil Conan sonrió, mientras, muy lentamente, retiraba la mano de las proximidades del

bolsillo.

—Hola —saludó—. Kit me citó aquí. ¿No ha venido aún?

Por supuesto, de muy buena gana se habría dado de bofetada. Sí, señor: ¿tan difícil era pensar que estuviesen esperando a Kit dentro en lugar de fuera de la cabaña?

Los dos sujetos le miraban fijamente, recuperándose de la sorpresa. De pronto, uno de ellos hizo un gesto con la pistola, que el veterano Basil Conan interpretó con toda exactitud: alzó las manos y se volvió de espaldas. Naturalmente, le quitaron la pistola del bolsillo...

—Es la que le entregamos a Kit Irving —oyó tras él.

—Ve a echar un vistazo a la moto... Usted, vaya a sentarse allí.

Se volvió, lentamente, y fue hacia el sillón que le indicaba uno de los desconocidos, mientras el otro salía de la cabaña. Se sentó, con gesto apacible. Abrió la boca, pero captó la expresión del hombre que le vigilaba, y decidió no perder el tiempo con tonterías, de modo que permaneció en silencio.

El otro tardó menos de un minuto en regresar, con su chaqueta y su corbata.

—Es la moto de Kit —dijo.

—¿Qué es eso?

—Pues una chaqueta y una corbata, ¿no lo ves? —refunfuñó el que había salido; tiró la corbata a un lado, y comenzó a hurgar en los bolsillos de la chaqueta, hasta encontrar la billetera, que sacó y abrió—. Basil Michael Conan, asesor de inversiones.

—¿Qué de qué? —Gruñó el otro.

—Asesor de inversiones.

—¿Y eso qué es?

—Soy una especie de consejero —dijo Basil—. Por ejemplo: ustedes tienen cien mil dólares y quieren...

—Cierre la boca. ¿Qué más hay ahí, Hardy?

Hubo una brevísima crispación en la boca bien cerrada de Basil Conan. Eso fue todo. Hardy sacó todo lo que había en la billetera, y encogió los hombros.

—Dinero, una tarjeta de crédito viajero a su sombra, y nada más. Maldita sea... ¡Claro que es él!

—¿Quién? ¿De qué hablas?

—¡Basil Conan, idiota! ¡El tipo que dice ser sobrino de Rumaker,

y que anda metiendo las narices por ahí!

Lo miraron los dos vivamente, y con tal expresión, que Basil perdió toda esperanza de que la situación terminase más o menos felizmente. Pero antes de llegar a extremos desagradables, tenía que intentarlo.

—Podemos hacer un trato —musitó.

—¿Un trato? ¿Qué clase de trato?

—No le haga caso, Shelley: matémoslo, eso es todo.

—Espera. —Shelley miraba especulativamente a Basil—. ¿Qué clase de trato?

—Ustedes, en realidad, no saben en qué lío se han metido —dijo Basil, muy tranquilo—. Salvo que esté muy equivocado, son dos matoncillos de a centavo la libra que...

—¡Le voy a romper la cara a este maric...! —empezó Hardy, adelantándose agresivamente, pistola en alto.

—¡Cállate! Deja que hable, que nos diga lo que piensa de nosotros y qué puede ofrecernos. Para matarlo siempre hay tiempo. Usted, siga.

—Les decía que se han complicado la vida más que nunca. Si colaboran conmigo, quizá salgan bien librados con unos pocos años de prisión.

—Mira qué bien —saltó Hardy, sarcástico—. Y si somos buenos chicos allí dentro nos llevarán caramelos y la revista *Playboy* cada día treinta... ¿A que sí?

—La policía tiene a Kit Irving —lanzó Basil su última carta pacífica—. El muchacho les va a explicar toda la verdad, y no tardarán en comprender, como yo, que ha sido utilizado para la eliminación de Gordon Rumaker. Lo sacan de la cárcel, lo traen aquí, y alguno de ustedes mata a Rumaker. Luego, se cargan al chico, quizá simulando que se ha suicidado..., precisamente con la pistola que uno de ustedes utilizó para matar a Rumaker. Y asunto terminado: nadie le buscaría otro significado al asesinato de Rumaker. Una venganza, nada más.

—¿Y qué otro significado habría que buscarle? —murmuró Shelley.

—Algo relacionado con Ronald Shapiro, el cual se había dado cuenta de que Gordon Rumaker estaba tras él..., por algo tan importante que ni siquiera ustedes lo saben. Sólo Shapiro, y una

mujer llamada Octavia Silone, italiana..., aunque aquí se hace llamar Verónica Adams... ¿La conocen?

Shelley se pasó la lengua por los labios. Luego, cambió una breve mirada con Hardy, que parecía tan desconcertado como él.

—¿Y qué asunto es ése tan importante? —musitó.

—Todavía no lo sé. Pero si la Silone anda en ello, tiene que serlo. Desde luego, espionaje.

—¿Espionaje? —Respingó Hardy.

—Eso he dicho —le miró fríamente Basil.

—¿Y usted quién es? ¿Qué es usted?

—Agente CF 3171, de la CIA.

Esta vez el respingo fue doble, el susto mayúsculo, quizá sólo superior por la sorpresa, Basil Conan vio los dos pares de ojos tan abiertos, las expresiones de ambos rostros, y adivinó las intenciones de los dos matones un instante antes de que Shelley gritase:

—¡Matémosle...!

La pequeña ventaja psicológica de Basil le salvó la vida. Las dos balas se clavaron en el sillón cuando él ya estaba fuera de él, a un lado, de rodillas, sacando la pistola de su funda sobaquera... No era el único en cometer errores de bulto: aquellos dos desdichados le habían visto llevar la mano al bolsillo del pantalón, le habían quitado la pistola que llevaba allí, y habían dado por resuelto el problema armamento. ¿Por qué pensar que él podía llevar dos pistolas...?

Pero las había llevado.

Y ahora, con la suya, disparaba contra el rostro de Hardy, que se desencajó al ver aparecer la pistola en su mano.

Plop.

La bala dio en la frente de Hardy, y lo tiró piernas arriba, de espaldas. Cayó de cabeza, con resonante sonido, mientras Shelley, perdida la serenidad también al ver la pistola en la mano de Basil, fallaba su segundo disparo: la bala pasó rozando el costado derecho de Basil, quien, con serenidad escalofriante, volvió a disparar, tras apuntar al brazo armado de Shelley.

Infalible. La bala dio en el codo, y todo el brazo saltó como si fuese a desprenderse del cuerpo, mientras Shelley lanzaba un grito desgarrador, y caía de rodillas aun antes de que su pistola terminase su recorrido por el aire y cayese al suelo.

También de rodillas todavía, Basil Conan se quedó inmóvil, apuntando a Shelley, que tras unos segundos de gimoteo, lo miró, aterrado.

—No dispare —jadeó—. ¡No dispare!

—Puede que no lo haga —susurró Conan—. ¿No sabíais nada del asunto de Shapiro?

—¡No! ¡Sólo nos dijo que había que eliminar con astucia a un policía que estaba metiendo las narices en sus trampas en el juego!

—Pues os engañó. ¿Cuál de vosotros dos mató a Rumaker?

—¡Ninguno...! ¡Ninguno de los dos! ¡Fue Bulwer!

—Mentira —deslizó fríamente el espía—. Si hubiese sido Bulwer, habría venido él aquí, para dejar su pistola con el cadáver de Kit Irving... ¿O no era eso lo que pretendíais hacer?

—¡Sí, sí, sí...! ¡Pero Bulwer se quedó en Las Vegas, porque Shapiro dijo que quizá tuviese que liquidar a un tipo peligroso!

—¿A mí?

—No lo sé... ¡No dijo el nombre! Sólo dijo que era peligroso, y fue Bulwer quien, se quedó.

—¿Por qué él?

—Porque él... él es el mejor de nosotros, el que hace... los trabajos... más importantes.

—Ya. ¿Dónde puedo encontrarlo?

—No sé... ¡Sí, lo sé, lo sé...! ¡No dispare!

—¿Dónde?

—En el hotel *Lovelace*... Habitación 209...

—¿Cuál de vosotros tenía la pistola con la que Bulwer asesinó a Gordon Rumaker?

—Yo... Tenía que matar con ella al muchacho, y dejarla...

Plop.

Jake Shelley abrió tanto los ojos que pareció que fuesen a saltar de las órbitas. Estuvo unos segundos mirando a Basil Conan, aterrado, Luego, bajó la cabeza, para mirarse el pecho, allá donde había notado aquel golpecito... Al bajar la cabeza, vio, en efecto, la mancha de sangre producida por la bala disparada por Basil fríamente. Y, al mismo tiempo, el peso de la cabeza le venció hacia delante. Cayó de cara, y eso fue todo.

Lentamente, Basil se puso en pie, guardando la pistola. Fue al cuarto de baño, y por el espejo miró la mancha de sangre que iba

empapando su camisa por el lado derecho. Se la quitó, contempló la herida, y encogió los hombros, con gesto despreciativo. En el mismo cuarto de baño encontró esparadrapo, y con esto y unos trozos de la camisa, improvisó una cura que incluso resultó demasiado hábil para la insignificancia de la herida.

Poco después, le quitaba la camisa a Hardy. Se la puso él, se puso su chaqueta y su corbata, y recogió todas las pistolas, dedicando especial atención a la que había manejado Shelley. Finalmente, tras vacilar, se apoderó de las billeteras de los dos hombres, y salió del *bungalow*, tras apagar la luz. Cerró con llave, fue a la moto, montó, y emprendió el camino a Las Vegas.

Sus pensamientos fueron hacia Jim Bulwer, el asesino más experto del grupo, al parecer.

¿A quién sino a él podía estar esperando matar en cuanto Shapiro le diera la orden?

* * *

En su pequeño apartamento de Las Vegas, el sargento Orson Lenning terminó precipitadamente de hacer su maleta, la cerró, y echó un vistazo alrededor, con ojos saltones, extraviados.

No. No se dejaba nada, seguro... Pero todavía fue al cuarto de baño, a mirar allí también. Sus movimientos eran precipitados, nerviosos; si quería, dar la sensación de prisa, no podía hacerlo mejor.

«Me largo —se dijo—. ¡Ya lo creo que me largo! ¡Y ya veremos si me encuentran...!».

Salió del cuarto de baño, cogió la maleta todavía echando un vistazo más por el pequeño apartamento, y casi corrió hacia la puerta. La abrió adelantó un pie para salir... y vio la pistola con el silenciador en la punta.

—¡No...!

Plop.

La bala le alcanzó en pleno corazón, empujándolo de espaldas al suelo, por el que se deslizó unos centímetros. Desde el pasillo, James Bulwer le miraba irónicamente, firme la pistola en su enguantada mano. Miró luego a ambos lados del pasillo, y finalmente, con toda tranquilidad, entró en el apartamento y cerró

la puerta, guardando la pistola.

Se arrodilló junto al sargento Lenning, y comenzó a registrarle, con gran cuidado, moviendo expertamente sus manos enguantadas. En pocos segundos, todo lo que había tenido Orson Lenning en sus bolsillos estaba en el suelo, junto a su cadáver. Entre otras cosas, varios fajos de billetes de cien dólares, nuevos, flamantes.

Jim Bulwer movió la cabeza con gesto admirado, e hizo pasar entre sus dedos los crujientes billetes. Luego, los dejó caer al suelo, de nuevo, y se dedicó a la maleta. En ésta, evidentemente, no encontró nada que le interesase; sacó todo su contenido, que fue tirando a los lados, con total desprecio. Sin molestarse en recoger las pertenencias personales de Orson Lenning, fue al dormitorio, y procedió a un rápido registro. Lo mismo hizo con la cocina y el baño, sin que encontrase nada que mereciese su interés.

Volvió al pequeño vestíbulo, sacó una navajita y rasgó los forros de la maleta. Tampoco había nada allí.

—Bueno —dijo mirando los fajos de billetes nuevos—, esto debía ser todo.

Se guardó los fajos en los bolsillos interiores de la chaqueta, se puso en pie, dirigió una indiferente mirada al cadáver del sargento Lenning, y abandonó el apartamento.

Diez minutos más tarde, estaba en el despacho privado de Shapiro, sobre cuya mesa estaban ahora los fajos de billetes arrebatados a Orson Lenning.

—¿Eso era todo? —preguntó Shapiro.

—Claro. Busqué bien por todo el apartamento y no había más.

—¿Seguro?

—Si quiere ir usted a mirar...

Shapiro miró fríamente al asesino especializado, que a su vez le miraba con impavidez total, inescrutable su rostro basto, ancho, en el que destacaban los ojos pequeños, demasiado juntos, y la enorme boca sobre la hundida barbilla.

—Está bien, Bulwer. Ya sabe lo que tiene que hacer ahora: esté un buen rato por la sala, y al salir de aquí vaya a otros casinos. Que le vean bien... No se me ocurre cómo podrían relacionarlo a usted con la muerte de Lenning, pero, por si acaso, es mejor tener preparada la coartada.

—Sí, siempre es mejor —sonrió con indiferencia Bulwer—. ¿Qué

sabemos de Hardy y Shelley?

—Nada todavía. Ese maldito Irving nos ha complicado la vida... ¡No debimos dejarle solo en el *bungalow*!

—Ya le cazarán. Y si no lo encuentran en toda esta noche, yo intervendré mañana. Verá qué pronto lo encuentro. Y hablando de otra cosa: esto del sargento de policía ha complicado un poco el asunto, ¿no le parece?

—¿Complicado? —se alarmó Shapiro.

—Quiero decir que es un muerto más. —Bulwer sonrió—. Y a más muertos, más paga. Por otra parte, no encontraría muchos profesionales tan honrados como yo, que le trajesen el dinero que Lenning llevaba encima. Y hay más de cincuenta mil dólares, señor Shapiro.

—Ya le dije que este dinero era intocable, Bulwer. En cuanto a su paga, no tendrá queja de mí.

—Estupendo... Bueno, voy a darme una vuelta por ahí... A lo mejor, hasta encuentro una chica que me guste. ¿Hay inconveniente?

—Ninguno, si sabe beber lo justo y mantener la boca cerrada.

—¿Por quién me ha tomado? —rió Bulwer.

* * *

Eran casi las cuatro de la madrugada cuando James Bulwer regresó a su habitación en el *Lovelace Hotel*, decididamente satisfecho de la vida. Por supuesto que había encontrado una chica... ¡Y qué chica! Una morenita llena de bultos carnales por todas partes, y en especial, por las zonas adecuadas...

Sonriendo, abrió la puerta 209, entró, cerró, encendió la luz, y se dirigió hacia el sofá. Se dejó caer allí. Estuvo unos segundos pensativo, y de pronto, sonriendo, sacó un fajo de billetes nuevos, flamantes, de un bolsillo interior de la chaqueta.

—Qué demonios —farfulló—. Son cinco mil dólares. Ya le entregué el resto, ¿no? Y entre tantos fajos, ¿cómo va a saber que me quedé uno? Y claro está que no les diré una palabra a esos dos idiotas... ¡Mira que no saber encontrar a un muchacho estúpido!

Se guardó el fajo de billetes, se puso en pie, y fue hacia el pequeño aparador donde había visto por la mañana la botella de

whisky. Algunos salían tan quemados, tan precipitadamente de Las Vegas, que se olvidaban hasta de los zapatos. Sí, señor, allá estaba la botella. La tomó, bebió un sorbo, bostezó, y se fue hacia el dormitorio.

Encendió la luz de allí, dio un paso hacia la cama..., y se detuvo en seco, desviando la mirada, sobresaltadísima, hacia el sillón de la derecha, donde estaba su visitante.

Nada más ver aquel rostro, James Bulwer comprendió. Un rostro delgado, de facciones bien definidas, correctas, quizá un tanto afeado ahora por la dureza de la expresión. No... Ni siquiera era dureza: sólo una frialdad de auténtico hielo. Bajo la despejada frente, noble e inteligente, los ojos grises parecían dos trozos de hielo. La boca, grande y fina, estaba como cosida, apretada, hermética.

La de Jim Bulwer se abrió, apareció la lengua, que se deslizó por los labios, notando el sabor del *whisky*. Y mientras tanto, en los fríos ojos grises apareció una expresión de burla y odio; una expresión que hizo estremecerse al asesino profesional.

La velluda mano del visitante se alzó, con la pistola con silenciador en ella, apuntando a Bulwer.

Plop.

La bala dio en el pecho del asesino, muy arriba, cerca de la garganta. Bulwer dejó caer la botella, giró, se dio de bruces contra el marco de la puerta, y cayó sentado. Giró, y sus desorbitados ojos miraron de nuevo al silencioso personaje...

Plop.

Esta vez la bala se hundió en la garganta de Bulwer, que cayó hacia atrás, y ya no se movió. El visitante se puso en pie, fue hasta él, y le apuntó ahora al pómulo derecho.

Plop.

Luego se arrodilló junto al cadáver, y sacó todo lo que llevaba en los bolsillos. Al ver los billetes nuevos, sus cejas se alzaron un instante. Le quitó también la pistola, que contempló un instante con leve curiosidad.

Finalmente, el frío visitante de James Bulwer recogió la botella de *whisky*, que se conservaba entera, y se dirigió hacia la puerta, tras apagar la luz. Apagó también la del saloncito, salió y eso fue todo.

CAPÍTULO VII

—Pase —masculló Basil, apartándose.

El teniente Miles entró en el cuarto, y se volvió a mirar a Basil, que tras cerrar la puerta, se pasó las manos por la cara. Luego miró su reloj, y frunció el ceño.

—Sí —dijo Miles—. Son las diez menos veinte. ¿Se encuentra mal?

—No... Es que anoche me acosté un poco tarde, simplemente. ¿Cómo van sus relaciones con los Irving?

—Bien. Desde luego, yo creo al muchacho.

Basil asintió con la cabeza, y fue a sentarse en el borde de la cama. Estaba solamente con los pantalones del pijama, y Miles había visto desde el primer momento las tiras de esparadrapo en su costado derecho. Iba a hacer un comentario al respecto cuando, de pronto, vio la botella de *whisky* sobre la mesita de noche. Estupefacto, se volvió a mirar a Basil, que sonrió desganadamente.

—¿Quizá quiere un trago, Miles?

—No, gracias.

—Debería beber de esa botella.

—Se lo agradezco, pero no. Tenemos a los Irving incomunicados, en el mayor secreto. Ya no pueden decir nada más... ¿Qué sugiere usted que hagamos?

—Que sigan encerrados, por el momento. Allá dentro no les va a pasar nada malo... ¿Le ocurre algo? Observo en sus ojos una expresión extraña, Miles. ¿Le ha sorprendido que yo beba un trago de vez en cuando?

—Todavía no hemos encontrado al asesino de Gordon Rumaker. Y esta mañana...

—No se preocupe por el asesino de tío Gordon. ¿Qué ha pasado

esta mañana?

—Hemos encontrado al sargento Lenning en su apartamento asesinado.

Basil le miró vivamente, expectante, dejando de mesarse los cabellos.

—¿Asesinado?

—Un solo balazo en el corazón. Han removido su apartamento, han rasgado su maleta...

—¿Su maleta?

—Evidentemente —musitó Miles—, el sargento se disponía a abandonar Las Vegas.

—Ah... ¿Quizá tenía vacaciones?

—No... No.

—Bueno —dijo fríamente Basil—, quizá eso explique cómo sabía Shapiro inicialmente quién era yo. ¿Le parecen brutales mis sospechas?

—No sé.

Basil asintió con la cabeza. Quedó pensativo unos segundos. Luego, fue al armario, lo abrió y sacó cuatro pistolas, todas ellas colgando de una corbata por medio del guardamontes.

—Yo tengo bastante con una —dijo—. Les he adherido un papelito con los nombres de sus... usuarios: vea si puede sacar algo en claro de ellas. Quizá no tengan que molestarse mucho en buscar alguna pistola sobre el asesino del sargento Lenning... ¿De verdad no quiere un trago?

—No.

—Bueno, en ese caso, vaya a trabajar. Yo voy a ducharme y a desayunar como está mandado... ¿Le parece que pase a verlo a eso de las doce?

—Está bien.

—¿Y respecto a Verónica Adams?

—No sé por qué demonios me he tenido que meter en este lío de ustedes —refunfuñó Miles—. Desde luego, han llegado noticias.

—¿Y dicen...?

—Entró sola en el país, y el pasaporte es auténtico. Es decir, se ha utilizado uno auténtico para arreglárselo a ella..., si es que realmente no se llama Verónica Adams. La matrícula del coche corresponde al que está utilizando aquí.

—Ya... ¿La están vigilando?

—Usted dijo que no. Uno de sus jefes se ha comunicado directamente conmigo, Conan: quiere saber qué demonios está usted haciendo en Las Vegas, con qué permiso, y qué es lo que pasa. ¿Qué le contestó?

—Dígale que he venido a Las Vegas a jugarme unos dólares a las tragaperras, con el permiso que me da la gana, pues tengo una semana de vacaciones y que todavía no sé lo que pasa.

—¿Le digo eso? —sonrió Miles—. ¿Así, exactamente?

—Yo llamaré a mi jefe —gruñó Basil—: usted ocúpese de todo lo demás.

—De acuerdo.

—¿Cuánto cree que tardará Balística en darnos su informe sobre estas armas?

—Un par de horas, calculo. ¿Quiere que almorcemos juntos?

—Vale.

El teniente Miles salió de la habitación. Basil cogió la botella, fue a vaciarla al inodoro, y luego la tiró en una papelera. Se duchó, se vistió, y poco después salía del hotel. Allí tenía su coche; en cambio, no había ni rastro de la moto de Kit Irving.

Se puso al volante, y partió.

Cinco minutos más tarde, detenía el coche delante del *bungalow* de Verónica Adams. Ella debía estar dentro, pues su descapotable estaba allí, delante del jardín. Se apeó, fue a la puerta y llamó.

A los pocos segundos oyó la voz de la rubia:

—¿Quién es?

—Basil Conan, Octavia. Abre, o echo la puerta abajo de un par de balazos. Cuento hasta tres solamente: uno, dos...

La puerta se abrió. Basil entró, miró a la rubia, que llevaba aquella camiseta supermini, y cerró con un pie.

—Escuche —empezó ella—, usted no tiene dere...

¡Plaf!

La tremenda bofetada envió a Verónica Adams en auténtico vuelo hasta el centro del saloncito, con los pies hacia arriba. Cayó de espaldas y de cabeza, se sentó semiaturdida, y antes de que pudiese reaccionar, Basil la asió por la ropita transparente, la puso en pie de un tirón, casi quedándose con la prenda en la mano, y de otra bofetada la sentó en el sofá.

Cuando Verónica Adams pudo quitarse las lágrimas de los ojos y concentrarse un poco, Basil Conan la miraba inexpresivamente, tras encender un cigarrillo, sentado ante ella, en un sillón.

—Primer asalto —notificó—. Cuando quieras, comenzaremos el segundo, Octavia.

—¡Bestia! ¡Eres una bestia! —jadeó ella.

—No pensabas eso de mí en Roma, si no recuerdo mal. Pero de eso hace ya mucho tiempo, así que vamos a dejarlo. Hablemos de hoy, de ahora. La vida es vida ahora, no ayer, o mañana. Y yo pregunto: ¿a qué estás dedicada aquí, en Las Vegas, ahora?

—No te lo diré.

Basil Conan la miró verdaderamente asombrado. En realidad, casi divertido.

—Vamos, no digas tonterías —farfulló—. Sabes que puedo obligarte, Octavia. Seamos elegantes, querida... ¿Por qué esperar a que te haya roto la cara y te haya arrancado los dientes uno a uno? Es una tontería, ¿no crees?

—No... no te atreverás a hacer... nada de eso...

—Parece que el tiempo ha atrofiado un poco tus entendederas... y tu memoria. Octavia, mírame bien: soy yo, Basil, el de Roma... ¿De verdad crees que no soy capaz de hacerte pedazos? Aunque quizá podríamos llegar a un arreglo.

—¿Qué arreglo? —saltó ella.

—Dime lo que estás haciendo aquí, qué tiene que ver Shapiro con esto, y te dejaré marchar.

—¿Me dejarías marchar? —Ella le miraba incrédulamente—. ¿Me dejarías escapar?

—Sí.

—¿Por qué?

—Quizá, en el fondo, todavía recuerdo con... agrado aquellos días de Roma, cuando intentábamos engañarnos el uno al otro —musitó Basil.

—Pero fuiste tú quien ganó...

—Alguno tenía que ganar. ¿Aceptas mi arreglo?

Octavia Silone sonrió, de pronto. Se acercó a Basil, y se sentó en sus rodillas, rodeándole el cuello con sus preciosos bracitos.

—Quizá yo pueda proponerte un arreglo mejor —susurró.

—¿Cuál?

—Basil nos estás complicando la vida... Yo ya he avisado de que un agente de la CIA que me conoció hace tiempo en Roma me ha identificado...

—¿A quién has avisado? ¿A Shapiro?

—Oh, vamos, no seas tonto... Bueno, también advertí a Shapiro, desde luego, pero ahora te estoy hablando de los míos. Hay dos hombres aquí, en Las Vegas, que acudieron a mi llamada, y que tienen orden de matarte... Me sorprende que no lo hayan hecho ya...

—¿Un tal Jim Bulwer era uno de ellos?

—Ni siquiera sé quién es ése. No. Son dos hombres de mi organización, la que me ha enviado aquí para entenderme con Shapiro en el negocio actual...

—¿Qué negocio?

—Vamos a dejar eso para más tarde, ¿te parece? —sonrió la rubia—. Hablemos ahora de ti y de mí.

—Nuestra historia ya terminó, Octavia.

—La historia —susurró ella— nunca termina. Digamos que tiene... capítulos. Nosotros podemos escribir otro capítulo de la nuestra. ¿Quieres...?

Octavia lo besó. Había ido acercando su boca a la de Basil, y finalmente se produjo el contacto. Ella inició un beso dulcísimo, pero tardó muy poco en darse cuenta de que estaba besando una boca de piedra. Se apartó y lo miró con reproche.

—Estás muy frío...

—Se aproxima el invierno. ¿Puedes ofrecerme algo mejor que lo que estás insinuando?

—No pareces el mismo... Oh, no, Basil, no pareces el mismo hombre...

—Ha pasado el tiempo. He madurado, quizá incluso he envejecido... Ahora, es mi mente lo que domina, no mi cuerpo.

—¿Estás seguro?

—Creo estarlo.

Ella sonrió, se puso en pie, y tiró su camisita a la cara de Basil, que la apartó rápidamente.

—¿Sigues estando seguro?

Basil se puso en pie, lentamente; se acercó a ella, y de pronto le dio otra bofetada que no tenía nada que envidiar a las anteriores. La

recogió del suelo como si fuese un guiñapo, sujetándola por los cabellos, y la arrastró hasta el dormitorio, donde la tiró ante el armario.

—Vístete —dijo secamente—. Y gracias por tu información respecto a tus dos amigos que quieren matarme. Eso me obliga a buscar un lugar más seguro donde continuar la conversación. ¡Vístete!

Dio un paso hacia ella, y Octavia Silone se apresuró a ponerse en pie, dando un gritito de espanto. Comenzó a sacar ropas del armario a toda prisa, mientras Basil echaba un rápido vistazo alrededor... Nada importante: un dormitorio, eso era todo. De nuevo clavó su fría mirada en la muchacha, que se vestía rápidamente, con manos temblorosas, sin mirarlo... Pero él si veía los ojos de Octavia, y, de pronto, captó en su expresión algo que le alarmó... Se adelantó rápidamente, la apartó de un empujón y metió la mano dentro del armario, comenzando a sacar prendas, que iba tirando por el suelo...

Encontró la pistola, oculta bajo unos cuantos sujetadores. La tomó, se volvió hacia la crispada, demudada rubia teñida, y la estuvo mirando duramente durante unos segundos.

—Está bien —murmuró—: son cosas del oficio, Octavia. Sigue vistiéndote.

Ella comenzó a llorar, de pronto. Basil alzó las cejas, perplejo.

—¿No es formidable? —comentó—. ¡La de matices que tiene un espía...! Vamos, déjate de tonterías y termina. Puesto que no quieres aceptar mi oferta, iremos al Departamento de Policía, donde con toda tranquilidad me dedicaré a interrogarte. Lo vas a pasar muy mal, Octavia, y lo sabes perfectamente. ¿No quieres decirme para quién trabajas, qué haces aquí, qué asunto tiene entre manos Shapiro?

—No... ¡No! —gritó ella.

—Pero ha sido Shapiro quien ordenó la muerte de Rumaker, ¿verdad?

—¡Pregúntaselo a él!

—Ya se lo pregunté ayer a dos tipos, y tengo la respuesta. Sólo quería comprobar hasta qué grado quieres endurecer tu postura. Es para preparar mi sistema de interrogatorio, ¿comprendes?

—Te matarán —jadeó ella, relucientes de odio los ojos llenos de

lágrimas—. ¡Sé que los míos te matarán, y te juro que me alegraré como jamás me he alegrado en mi vida!

—Es bueno estar alegre. Termina, o te saco tal como estás a la calle... ¡A ver ese bolsito!

Le arrebató de las manos el bolsito que ella acababa de sacar del armario, y lo examinó. Nada peligroso: algo de dinero, cosas de mujeres, las llaves del coche... Lo tiró sobre la cama, en la cual estaba sentada Octavia, poniéndose un zapato. Tomó el otro, por el tacón... Apretó éste, y una aguda hoja de acero apareció por la punta.

Basil solamente tuvo tiempo de ver aquel estilete una fracción de segundo antes de que se clavase en su cuerpo, por debajo de las costillas flotantes del lado derecho... Lanzó un grito, retrocedió vivamente, y cayó de espaldas al suelo, lívido el rostro. Por un instante, estuvo como hundido en un negro pozo, al cual sólo llegaba el sonido de un pie y un zapato desplazándose velozmente, alejándose de él...

Sacudió la cabeza, y fue como sacudirse una mancha de tinta que hubiese tenido ante los ojos. Estiró los párpados, volvió a sacudir la cabeza... En el suelo, ante él, vio el zapato femenino, con el estilete manchado de sangre en la punta. Se llevó una mano al costado, y luego se quedó un par de segundos contemplando la sangre, que notaba caliente entre sus dedos.

¡Plam!, oyó cerrarse una puerta.

—Maldita zorra... —jadeó.

Se puso en pie, y corrió hacia la puerta del *bungalow*, dando bandazos, mientras con la mano ensangrentada sacaba la pistola. Llegó a la puerta la abrió de un tirón, y adelantó un paso, alzando el arma.

—¡Octavia! —gritó.

Ella estaba ya sentada ante el volante de su descapotable. Lo miró, muy abiertos los ojos. Luego, se encogió en el asiento, dio el encendido...

¡Booooooummmmmm...!

Basil Conan ni siquiera pudo ver cómo el coche saltaba en mil pedazos retorcidos. La exposición fue tan poderosa, tan violenta, que sólo pudo ver una enorme mancha roja, notar un impacto de calor sofocante, terrible, que le empujó de nuevo hacia el interior

de la cabaña...

CAPÍTULO VIII

—¿Cómo va eso?

Volvió a parpadear velozmente, y las imágenes terminaron de aclararse, se concretaron. Un techo blanco, una ventana en la que daba el sol, una mesita con una jarra de agua... Guiñó una vez más los ojos, y distinguió perfectamente, aquel rostro.

—Hola, Miles.

—Hola —sonrió preocupado el teniente—. ¿Cómo se siente?

—No tengo la menor idea... ¿Estoy entero?

—Sigue teniendo cabeza, tronco y extremidades. Y eso es todo un milagro, créame, considerando que el coche quedó convertido en chatarra.

Basil Conan suspiró profundamente. El coche de Octavia, sí. Sí, eso era, el coche... En su memoria apareció aquel gran estallido rojo, y la última expresión de Octavia, al mirarle asustada, pero con la esperanza de escapar de él... Y no era de él de quien debía escapar la pobre Octavia. No de él... Ella era... había sido una veterana del espionaje, tenía que haberlo comprendido: a quien habían recibido orden de eliminar los dos hombres de su organización, era a ella. La habían enviado allí seguramente porque jamás antes había operado en Estados Unidos, así que no temían que pudiese ser descubierta. Pero ella misma avisa de que, gran casualidad, un agente de la CIA al que conoció en Roma, la ha visto e identificado, y pide ayuda. ¿Qué hace entonces la organización para la que trabaja Octavia Silone? Nada de complicarse la vida eliminando a un agente de la CIA. Lo mejor es, sencillamente, cortarles la pista al de la CIA, y asunto terminado. Porque, a fin de cuentas, si lo hubiesen matado a él, a ella habrían tenido que ayudarla a salir del país, correr riesgos... No. Lo mejor era terminar

con ella y, de este modo, la CIA quedaba en blanco...

—Jamás sabremos para quién trabajaba...

—¿Qué dice? —se interesó Miles, que le miraba con no poca curiosidad.

—Nada... Nada... Supongo que Verónica Adams murió.

—Digamos mejor que se desintegró.

—Sí, claro... Creo que trabajaba para una organización dedicada a negocios de espionaje y cosas así. Olvidemos a esa organización... Nos ocuparemos de Shapiro.

—¿Con qué base?

Basil miró atentamente al policía.

—¿Qué quiere decir? —masculló.

—Supongo que recuerda usted las pistolas que me entregó para que fuesen examinadas en Balística... Bien. Una de ellas es la que mató al sargento Lenning. La que mató a Gordon Rumaker también la hemos encontrado, las dos estaban en su... lote. Lo que tenemos que hacer ahora es buscar al hombre que tenía la pistola con la que mataron a Rumaker. Las huellas...

—¿Todavía no lo han encontrado?

—¿A quién?

—A Jim Bulwer, el asesino de tío Gordon.

—No —se desconcertó Miles—. ¿Bulwer? ¿Usted conoce a ese sujeto?

—Lo maté esta madrugada en su hotel. Es decir, creo que fue esta madrugada... ¿Qué día y qué hora es?

Miles consiguió salir de su pasmo.

—Son las seis y media de la tarde del mismo día en que usted ha salvado la vida de milagro. ¿Mató al asesino de Gordon?

—Sí. Le metí tres balas en el cuerpo. En los puntos exactos en que él se las metió a tío Gordon. Lo encontrarán en su hotel, el *Lovelace*... Habitación dos cero nueve.

—Bueno. —Miles se pasó las manos por la cara—. Pues la pistola que usted marcó con el nombre de Jim Bulwer es la que se utilizó para matar al sargento Lenning... ¿Usted entiende algo, Basil?

—Evidentemente, Bulwer mató a Lenning por orden de Shapiro. Sabemos que Bulwer estaba trabajando para Shapiro, por lo tanto, así tuvo que ser. Oh, tampoco me acordé de decirle que liquidé a otros dos tipos, en el *bungalow* donde Shapiro había ordenado que

colocasen a Kit Irving para matarlo después de hacer las cosas de modo que todos creyesen que él había matado a tío Gordon. En resumen, fue Jim Bulwer quien mató a tío Gordon y al sargento Lenning. A tío Gordon, porque se estaba poniendo demasiado pesado. Y a Lenning porque quizá se asustó cuando usted recibió el informe de quién era yo; se lo dijo a Shapiro y preparó su maleta para largarse... La maleta... ¿Estaba destrozada?

—Prácticamente.

—¿Qué podía buscar Bulwer en ella, después de matar a Orson Lenning?

—Olvídeme —masculló Miles—. Yo ya no sé siquiera por dónde estoy navegando.

—Sí... La maleta... Buscaba algo... Tengo las cosas de Bulwer en mi habitación del hotel. Vamos allá.

Hizo el gesto de incorporarse, pero Miles le puso rápidamente la mano en el pecho.

—¡Quieto ahí! Demonios, ¿no se ha enterado? Tiene usted un par de boquetes en el cuerpo, y lo han chamuscado como si fuese una sardina... ¿Quiere verse en un espejo?

—Ya conozco mi cara...

—¿De veras? Bueno, pues espere un momento, y veremos si insiste en eso.

Miles fue al cuarto de baño y regresó con el espejo. Lo colocó ante Basil, de modo que éste pudiese verse. Basil respingó.

—¡Demonios! ¿Ése soy yo?

—Tardará por lo menos una semana en volver a tener bien los cabellos, las cejas y las pestañas. Y le juro que no entiendo cómo no ardió usted como una tea, si hago caso a la descripción que algunos testigos hicieron de la explosión. De verdad, Basil; usted está vivo de milagro.

—Para que luego digan que no existen... Está bien, ¿cuál es exactamente mi estado?

—Bueno. Las chamuscaduras no tienen importancia más que para su... belleza, claro. Las heridas son otra cosa: una de ellas, nada. Pero la otra requiere un cierto cuidado. Cuestión de tiempo, nada más, de todos modos.

—¿Cuánto?

—¿Y yo qué pitos sé? ¡Pregúnteselo al médico!

—¿Podré levantarme mañana? Es por el entierro de tío Gordon.

—Ah... Bien, no sé... Veremos qué dice el médico. Aunque mi opinión personal es que su piel es lo bastante dura para resistir un paseo. De todos modos...

—¿Qué echaron de menos entre las pertenencias de Lenning?

—¿Eh...? Bueno, pues nada...

—¿Nada?

—Solamente el dinero, claro. El que lo mató...

—¡El dinero! —Casi saltó de la cama Basil—. ¡Claro, el dinero...! ¿O era ya de Bulwer?

—¡Conan, maldita sea, que no entiendo nada! —aulló Miles.

—Yo sí. Escuche, Miles, tiene que volver a comunicar con mis jefes, y decirles...

—Dígaselo usted mismo. Naturalmente que comuniqué lo sucedido, y uno de sus jefes viene hacia aquí en estos momentos.

—¿Cuál? —exclamó Basil.

—El de San Francisco, naturalmente. ¿No tiene usted su base allí?

—Santo cielo... —gimió Basil Conan—. ¡Santo cielo!

* * *

—¿Estás bien?

Basil asintió, mirando con gran atención al elegante caballero que acababa de llegar procedente de San Francisco. Un hombre de alrededor de cincuenta años, vestido impecablemente, atractivo, con las sienes plateadas, de modales reposados, perfectos.

—Estoy muy bien, señor, gracias... Sólo estaré aquí veinticuatro horas, en observación.

El caballero apuesto e impecable asintió con la cabeza y se volvió a mirar al teniente Miles, fijamente. Éste aguantó la mirada, distraído... De pronto, respingó comprendiendo.

—Ahora recuerdo que tengo que tomar el té de las cinco —refunfuñó.

Y salió del cuarto del hospital. Eran las ocho menos cuarto.

El caballero se sentó, tras acercar una silla al lecho del yacente Basil Conan. Estuvo unos segundos mirándole fijamente, abrió la boca..., y Basil se adelantó rápidamente:

—¿La familia bien, señor?

—¿Qué...? Oh, sí, muy bien. Gracias, Basil. Mira...

—¿Su esposa sigue tan encantadora como siempre?

—Sí, sí. Muy amable por tu parte. Escucha...

—¿Su hija está bien? ¿Y su hijo, ese mocetón estupendo?

—Todos estamos bien —gruñó Dexter Rosenwall, jefe de los servicios de la CIA en San Francisco—. Muchas gracias por tu interés. Ahora...

—Tiene usted una familia muy simpática, señor. De veras...

Rosenwall entornó los ojos, y miró torvamente a su agente.

—Es fácil tener una familia, Basil. Todo lo que tienes que hacer es dejar la CIA, al menos en su parte activa. Haz como yo, retírate a tiempo, y así podrás vivir muchos años, rodeado de hijos y quizá nietos. Y precisamente de eso quería hablarte... ¡Cierra la boca!

—Sí, señor.

—Bien... Ésta es ya la quinta vez que te hieren, Basil. No voy a negar que eres un hombre fuerte, pero... Bueno, en mi opinión estás ya un poco quemado para seguir en el grupo. ¡Que te calles! Y por otra parte, en la Central están empezando a pensar que un hombre de tu experiencia debería ser destinado ya a otros menesteres más... cerebrales. Eso aparte de que sabes muy bien que en cuanto me lo pidas, tendrás un puesto directivo en mis empresas...

—No.

—¿No?

—No, señor —masculló Basil—. Es posible que tenga razón en todo lo que ha dicho, pero yo, mientras pueda, seguiré en este grupo... Y no hay nada más que hablar.

—Muy bien —gruñó Rosenwall—. Pues nada, hombre, sigue dando tumbos por ahí, soltero y sólo en la vida, sin poder tener familia que te llore cuando, finalmente, te metan una bala en tu estúpida cabezota. Asunto zanjado. Así pues, vayamos a lo nuestro, al trabajo.

—Sí, señor —sonrió Basil metió la mano bajo la almohada y sacó un fajo de billetes, que tendió a su jefe—. Me los ha traído Miles, de mi cuarto en el *Rowan*. Se los quité a un tipo al que maté esta madrugada.

—Muy bien. —Rosenwall tomó el fajo de billetes y los hizo pasar entre sus dedos—. ¿Qué hay con esto?

—Se los regalo, señor. Cinco mil dólares.

Dexter Rosenwall se quedó mirando fijamente a su agente. Luego, retiró uno de los billetes del fajo, lo hizo chascar, lo miró al trasluz y finalmente volvió a mirar a Basil.

—De acuerdo —musitó—. ¿De dónde proceden?

—Ésta es la cuestión, señor. Lo sospecho, pero no lo sé. La chica que podía habérmelo dicho está ahora hecha picadillo... Pero quizá todavía pueda... preguntárselo a otra persona.

—¿Qué persona?

—Ronald Shapiro, el propietario del

Monte's

. Puede usted conocerlo si se queda al sepelio de tío Gordon.

Rosenwall volvió a mirar el billete, miró varios más, y acabó asintiendo con un seco gesto.

—De acuerdo; me quedaré al sepelio.

CAPÍTULO IX

La primera paletada de tierra resonó con fuerza sobre el ataúd, y la segunda, y la tercera... Luego, al caer tierra sobre tierra, los sonidos se fueron amortiguando, desvaneciéndose, igual que las palabras de despedida pronunciadas en honor de Gordon Rumaker.

Polvo eres, y en polvo te convertirás. Empiezas la vida sin quererlo, y te vas de ella también sin quererlo... Éste es el único contrato contra el que no puedes protestar...

A los pies de la tumba, Basil Conan permanecía inmóvil, con la cabeza baja, contemplando cómo la tierra iba cubriendo el ataúd. Ya no tenía a nadie de su familia en el mundo. Ni siquiera a tío Gordon..., que ni siquiera había sido su tío. Sólo un amigo. Uno de esos amigos que jamás se olvidan... Jamás...

Junto a Basil estaba Dexter Rosenwall, que de cuando en cuando miraba con impecable disimulo al hombre que Basil le había señalado: Ronald Shapiro. El apuesto y llamativo Ronald Shapiro, que, cumpliendo su promesa, había asistido al entierro. También estaba allí el teniente Miles, y gran cantidad de policías de paisano y de uniforme..., que al día siguiente tendrían que volver al cementerio, para despedir al sargento Orson Lenning. También había otras muchas personas, civiles que habían sido buenos amigos de ese hombre formidable que había entregado su vida al servicio de la ley... Muchas y muy bonitas palabras..., pero Gordon Rumaker estaba muerto.

Y enterrado.

—¿Nos vamos, Basil?

Conan alzó la cabeza. Todo había terminado. Durante unos minutos se había abstraído de tal modo que no se había dado cuenta de lo que sucedía ante él, a su alrededor... Algunas personas

se acercaron, le estrecharon la mano, hicieron comentarios afectuosos...

—Gracias, señor Shapiro. También por venir.

—Le dije que lo haría.

—Sí, sí, lo recuerdo... Se lo agradezco de veras.

—Si puedo hacer algo por usted, no dude en visitarme, señor Conan, siempre me encontrará en el *Monte's*.

—Lo tendré en cuenta, pero me parece que no le molestaré... Me marchó esta misma tarde a San Francisco.

—Ah... ¿De veras? —Shapiro miró brevemente al silencioso Rosenwall—. Bueno, realmente... Pero creía que se quedaría usted hasta encontrar al asesino de su tío.

—La policía ha localizado ya a los tres hombres que le ayudaron a escapar y a vengarse... Han tenido que matarlos, pues se resistieron a ser detenidos... En cuanto a ese muchacho, Kit Irving..., estoy seguro que lo encontrarán, tarde o temprano.

—Sin duda. Bien... Hasta la vista, ¿no?

—Es muy posible que volvamos a vernos, en efecto.

Shapiro asintió y se alejó.

Hora y media más tarde, sentado a la mesa de su despacho, Ronald Shapiro miró hacia la puerta, en la que acababa de sonar la llamada, y luego miró a uno de sus guardaespaldas.

—Ve a abrir. Debe ser Lytton.

Percy Zanwill fue a abrir. En efecto, era su compañero Doug Lytton, que regresaba de cumplir una misión sencillísima, de la cual informó a su jefe:

—Se ha marchado, en efecto, señor Shapiro. El y aquel otro tipo tan elegante han tomado el avión para San Francisco.

—Está bien.

—¿Nos dedicamos ahora a buscar a Kit Irving? —propuso Percy Zanwill.

—No... En primer lugar, quizá ellos lo mataron antes que la policía los cazase. Y en segundo lugar, si ese muchacho está vivo, debe estar ya muy lejos de aquí, con su hermana.

—Eso puede traerle a usted complicaciones más pronto o más tarde, señor Shapiro.

—Si Bulwer y los otros supieron tener la boca cerrada, no. Ese

maldito Bulwer... ¿Qué clase de pista debió dejar para que la policía le pudiese localizar y por medio de él llegar a los otros dos? Con Rumaker lo hizo bien, pero debió fallar en algo con Lenning... En fin, si la policía supiese algo ya se me habrían echado encima, así que no hay que preocuparse. Todo seguirá normal.

—Pero hemos perdido un buen negocio con la muerte de la rubia.

—Sí... Y esa muerte sí me tiene... intrigado. Aunque no demasiado.

—¿Qué quiere decir?

—Ella se asustó al ver a Conan... Me dijo que lo había conocido en Roma, que entonces trabajaba para la CIA. Y puede que Conan siga en eso... Considerando así las cosas, los jefes de Verónica Adams han hecho lo mejor: eliminarla a ella, de modo que ya no podrá comprometer a nadie.

—¿Cree que la han matado ellos mismos?

—Con toda seguridad. No me imagino a la CIA colocando una bomba en el coche de una mujer que podía haberles dicho muchas cosas. Sería absurdo, ¿verdad? Y puesto que nosotros tampoco lo hicimos... Bien, salid a dar unas vueltas por la sala; yo tengo cosas que hacer hasta las siete y media.

—Sí, señor.

Los guardaespaldas Zanwill y Lytton salieron del despacho. Shapiro quedó inmóvil, pensativo... Casi notaba un sudor de angustia en la frente, al pensar en lo que hubiera podido ocurrir si Basil Conan hubiera hecho hablar a Verónica Adams. Pero no había sido así, evidentemente, de modo que podía estar tranquilo. En cuanto a Conan, pues..., como suele decirse, a enemigo que huye, puente de plata.

Y, en efecto, él tenía muchas cosas que hacer, hasta las siete y media, hora en que solía aparecer por la sala.

A las siete y media, como siempre, abandonó su despacho. En la puerta le estaban esperando Zanwill y Lytton, y los tres se dedicaron a recorrer la sala, sonrientes... Nada había ocurrido.

Pero, finalmente, ocurrió.

Hacia las nueve y media, cuando Shapiro estaba tomando champaña con un cliente al que intentaba convencer de que perder unos miles de dólares en Las Vegas no tiene mayor importancia, el

ayudante de uno de los *croupiers* se acercó, vaciló al verlo acompañado, y se dirigió a Lytton y Zanwill. Mientras seguía conversando despreocupadamente con el cliente de la sala de juego, Shapiro no perdió de vista a los tres hombres.

El recién llegado acababa de entregarle a Zanwill un billete, y señalaba hacia la sala. Zanwill y Lytton miraron vivamente hacia allí, y luego, tras escuchar unos segundos más al otro, miraron hacia él, con gesto alarmado...

—¿Me permite un minuto, señor Scott? —sonrió Shapiro—. Me parece que hay algo que requiere mi atención.

—Si me deja solo, me emborracho, Shapiro.

—¡Que le aproveche! —rió éste; dio una palmada afectuosa al tal Scott y se acercó a sus hombres—: ¿Qué pasa?

—Vea este billete, señor Shapiro —le tendió Zanwill.

Shapiro lo tomó. Un simple billete de cien dólares... Pero nada más tocarlo palideció. Lanzó una exclamación ahogada.

—¿De dónde ha salido este billete? —jadeó.

—Lo ha perdido un sujeto que está en la sala, señor Shapiro —dijo el ayudante del *croupier*—. Y todavía sigue ahí, jugando.

—¿Tiene más billetes como éste?

—No lo sé.

—Señálanos al sujeto, Oscar.

—Sí, señor.

Se acercaron a la comunicación del bar y la sala, y Oscar, tras buscar con la mirada, señaló al hombre, que estaba junto a la mesa de los dados. Era un sujeto de mediana estatura, vestido un tanto desaliñadamente, sin afeitar y que tenía cara de mala uva.

—¿Lo habías visto antes por aquí? —susurró Shapiro.

—No, señor. Pero cualquiera sabe; por esta sala pasa medio mundo, señor Shapiro. Yo creo que deberíamos avisar a la policía, señor.

—Nada de eso... No quiero escándalos en mi sala, Oscar... Vuelve a tu puesto, que nosotros solucionaremos el asunto.

—Pero... es un billete falso, señor. Y si ese tipo tiene más nos va a poner a todos en un compromiso...

—Te he dicho que nosotros nos ocuparemos de esto, Oscar.

—Sí, señor.

Oscar se alejó y Shapiro y sus guardaespaldas se quedaron

mirando al sujeto en cuestión. Estuvo en la mesa de los dados unos cinco minutos de mirón antes de decidirse a intervenir en el juego. Diez minutos más tarde, se fue hacia la ruleta, pero allí no pareció decidido a soltar su dinero. Regresó a los dados, estuvo mirando y optó por ir a una de las tragaperras, donde perdió unos cuantos dólares... Luego fue al bar, tomó una

coca-cola

y, finalmente, con las manos en los bolsillos, abandonó el *Monte's*.

Eran cerca de las diez de la noche.

—Atrapadlo y llevadlo allá —susurró Shapiro—. Yo iré un poco más tarde.

—Sí, señor.

Lytton y Zanwill salieron rápidamente detrás del desconocido. Lo vieron caminando por el bordillo, como en un juego. Se detuvo junto a un coche y encendió un cigarrillo. Luego se metió en el coche un viejo «Ford» enorme, destartalado, que debía haber estado ya en el cementerio mucho tiempo atrás.

Y justo en el momento en que el sujeto ponía en marcha el motor. Lytton y Zanwill entraban en el coche, uno a su lado, otro en el asiento de atrás. El hombre, asombrado primero, irritado en seguida:

—¡Oigan...!

Lytton, a su lado, le metió la pistola bajo la nariz.

—En marcha, amigo.

El hombre respingó, abrió mucho los ojos, se atragantó con el humo del cigarrillo.

—¡Oiga, ustedes se están equivocando!

—Arranque o le meto una bala en sus mocosas narices...

—Sí... Sí, señor, desde luego, pero...

—Y cierre la boca.

El hombre tragó saliva, y se dedicó al volante. Ya en el centro de la Strip, Lytton, que ahora le apuntaba al costado por lo bajo, señaló con la barbilla.

—Salga de la ciudad. Yo le iré indicando el camino.

—Sí, señor... Pero, oiga, yo soy un pobre desgraciado que...

—Le he dicho que cierre la boca.

El hombre volvió a tragar saliva, pero, desde luego, con la boca

bien cerrada. Poco después, salieron de la ciudad, y Lytton comenzó a dar instrucciones al sujeto, que mantenía la boca herméticamente cerrada. En la oscuridad, se veían sus ojos, muy abiertos, y de cuando en cuando se le oía tragar saliva, con fuerza.

Casi media hora más tarde, abandonaron la carretera, y comenzaron a rodar, a saltar más bien, por el desierto. El sujeto miró a Lytton, pareció a punto de decir algo, pero lo pensó mejor... Durante diez minutos más, el viejo coche estuvo rebotando por el desierto. No iban a ninguna parte, al parecer.

Pero, de pronto, Lytton ordenó:

—Pare...

—¿Aquí?

—Sí. Pare.

El hombre detuvo el coche. Zanwill salió rápidamente, y fue a abrir la portezuela del propietario del coche, al que sacó de un tirón. Luego, lo registró rápidamente, mientras Lytton se reunía con él.

—¿Lleva armas?

—No. Llama.

Lytton fue hacia una gran piedra, la empujó, metió las manos debajo y luego volvió a colocar la piedra en su sitio, siempre observado por el sobresaltado sujeto..., que respingó dando un salto, cuando a los pocos segundos, delante de ellos, comenzó a alzarse el suelo, dejando al descubierto una negra rampa.

—Mi..., mi madre, pero..., ¿qué..., qué...?

—Camine —le empujó Zanwill—. Entra tú con el coche, Doug.

—Okay.

Primero entraron Zanwill y el otro, bajando a pie por la rampa, hacia la más negra oscuridad. Luego, entró el coche. Y en cuanto el motor se detuvo, la rampa comenzó a bajar. En pocos segundos, la oscuridad fue total. Y en seguida, se encendieron algunas pequeñas luces rojas, en el techo. El hombre alzó la cabeza, mirándolas boquiabierto.

—Pero ¿dónde estamos...?

—Para ti, en el infierno, amiguito. Pero quizá consigas salir de él si nos dices de dónde sacaste los billetes falsos.

El hombre quedó de nuevo estupefacto. Iba a contestar cuando se abrió una puerta donde parecía que sólo había pared terrosa y

aparecieron dos hombres más, armados de pistolas.

—¿Qué pasa? —preguntó uno de ellos, acercándose.

—Este tipo ha estado jugando en el

Monte's

con billetes de los nuestros —masculló Lytton—. El señor Shapiro vendrá en seguida, para que le diga de dónde los obtuvo.

—¡Maldita sea! —jadeó el otro—. ¡Ha tenido que ser ese idiota de Lenning!

—Los idiotas sois vosotros —replicó acremente Zanwill—. ¿Cómo no os disteis cuenta en seguida de que él se había llevado dinero de aquí la otra noche?

—Vete al demonio... ¿Cómo íbamos a darnos cuenta? Sólo pudimos conseguirlo cuando contamos la última impresión. Entonces recordamos que Lenning había estado aquí y avisamos en seguida al señor Shapiro. ¿Qué otra cosa podíamos hacer?

—Ya os las entenderéis con él, pues va a venir en seguida. Usted, camine... Un momento, ¿tiene más billetes de ésos?

—Sí... Sí, señor, tengo algunos más en el coche, en el maletero.

—Démelos todos.

—Pe..., pero...

—¡Que me los dé! —le empujó furiosamente Zanwill—. ¡Abra ese maletero o le abro yo a usted la cabeza!

—Sí, señor, sí, señor, sí, señor...

El hombre tomó las llaves, fue hacia atrás poco menos que corriendo y abrió el maletero.

Zanwill abrió la boca, debido a la sorpresa..., y por allí le entró la bala disparada por Basil Conan desde dentro del maletero, pese a la difícil postura en que estaba como prensado con dos hombres más.

Tras el apagado «plop», se oyó el alarido de Zanwill, que saltó hacia atrás, para caer de cabeza, mientras el hombrecillo de los billetes falsos atrapaba en el aire la pistola que le tiraron de dentro.

—¡Boyd!

—¡Mía! —exclamó el sujeto, volviéndose ya con ella empuñada hacia los otros tres sorprendidos empleados de Shapiro.

Plop, plop, plop...

De los dos que habían aparecido por la disimulada puerta, uno lanzó un berrido al recibir el balazo en pleno estómago. El otro

comenzó a aullar cuando, en su salto de huida, la bala le alcanzó por detrás de la rodilla, y lo tiró de bruces... Por su parte, Lytton saltó hacia detrás del coche, demudado el rostro, y se dispuso a disparar contra el sujeto de los billetes falsos, todavía sin comprender lo que estaba pasando... Respingó al notar un movimiento a su izquierda, y se volvió hacia allí. Por aquella parte de atrás del coche apareció el rostro de un hombre y una pistola.

Plop.

—¡UUAAAAHHHHHH...! —aulló Lytton, saltando de junto al coche como arrancado por un tifón.

Y, de pronto, sólo se oyó el gemir del hombre que había resultado herido en una rodilla. Luego, la voz de Basil Conan:

—A ver qué tiene ése. Con cuidado.

Los dos agentes de la CIA que habían viajado con él en el maletero se acercaron al herido, que quedó mudo al verlos. Llegaron junto a él, le miraron la pierna y encogieron los hombros.

—Basil.

—¿Qué?

—Está más cojo que el diablo, eso es todo.

Basil Conan no contestó. Tras examinar brevemente a Zanwill, hizo lo mismo con Lytton, y con el que había recibido el balazo en el estómago... y que ya había dejado de sufrir. Cuando fue junto al herido, sus tres compañeros ya estaban allí, contemplándolo fríamente.

—Si se queda cojo le compraremos un par de muletas..., que le servirán para ir al matadero —pasó un brazo por los hombros del sujeto de los billetes falsos—. Buen trabajo, Boyd.

—Psch... Hay una puerta ahí.

—Pues veamos adonde nos lleva. Tú quédate con este tipo.

—Yo preferiría...

—Ya has cubierto tu cupo de riesgo —susurró Basil—. Así que te quedarás aquí.

—Bueno.

Basil y los otros dos agentes de la CIA fueron hacia la puerta de tierra... y que al otro lado era de plancha de acero. Había un pasillo un tanto sorprendente, que por un instante los desconcertó a los tres.

—Una mina —dijo de pronto Basil—. Esto es una vieja mina

abandonada.

—¿Vieja? ¡Demonios, debe ser de cuando buscaban la plata a golpe de pico! Por lo menos...

—Sssssttt... Escuchad...

Quedaron silenciosos los tres, expectantes. Y muy pronto identificaron aquel sonido que se iba definiendo a medida que lo oían.

—Son máquinas —susurró uno de los compañeros de Basil—. Máquinas que deben funcionar con generadores.

Basil señaló hacia delante y comenzaron a recorrer la desigual galería, que tenía una pequeña luz roja cada cinco o seis metros. A medida que avanzaban oían con más claridad el ruido: *triqui-ti-tac, triqui-ti-tac, triqui-ti-tac...*

Llegaron en pocos segundos a un ensanchamiento de la galería, y uno de ellos señaló hacia el potente generador que estaba funcionando. Luego, hacia una puerta también metálica que estaba cerrada. Se acercaron a ésta y oyeron con más claridad el ruido: *triqui-ti-tac, triqui-ti-tac, triqui-ti-tac...*

—Las máquinas están ahí dentro —susurró Basil—. Veamos si hay peligro por aquí fuera, antes de hacer nada.

No había peligro alguno, pero sí sorpresas. Una de ellas quedó representada por el gran hueco, hacia el fondo, y en el cual había estanterías llenas de billetes... Billetes de todas clases: norteamericanos, canadienses, franceses, italianos, rusos, portugueses, alemanes...

—Por todos los demonios... ¡Si estos billetes fuesen auténticos, seríamos los hombres más ricos del mundo!

Basil señaló hacia un lado de aquella gruta amplísima. Había dos catres, dos sillones y un frigorífico. Junto a éste, un par de grandes interruptores de negro mango, en un panel. En el mismo panel, dos medias esferas de cristal.

Se miraren los tres. Luego, fueron hacia la puerta tras la cual se oía el *triqui-ti-tac*. Basil señaló el botón que había a un lado y luego lo presionó. Se oyó un chasquido, y la puerta comenzó a abrirse, hacia fuera. Se apartaron, y a medida que se iba abriendo vieron a los hombres que estaban trabajando en las máquinas... Uno de los hombres volvió la cabeza, vio a los tres allí, pistola en mano, y se quedó inmóvil. Un par de segundos más tarde, uno de sus

compañeros, también ataviado con una bata azul oscuro, se dio cuenta de su extraña actitud y miró hacia la puerta. Palideció y quedó inmóvil a su vez.

Fue como una película muda.

A medida que unos se iban dando cuenta de lo extraño que se estaban comportando los otros, iban mirando hacia la puerta. Luego, se quedaban inmóviles, mirando asustados a los tres hombres de la CIA, que no despegaban los labios. Todo lo que hacían era mirar y mantener la pistola en alto, moviéndola de uno a otro.

Por fin, no hubo nadie allí dentro que no supiese lo que estaba ocurriendo. A uno se le ocurrió alzar las manos y los demás lo imitaron con cómica velocidad.

—Usted —lo señaló Basil con la pistola—, ¿puede parar estas máquinas?

El hombre asintió. Basil hizo un gesto, el hombre fue hacia un rincón, y bajó una palanca. El *triqui-ti-tac* cesó inmediatamente, al detenerse a una todas las máquinas de imprimir. Con otro gesto de la pistola, Basil hizo comprender a aquellos hombres que se agrupasen. Los dejó bajo la vigilancia de sus compañeros y se acercó a una de las máquinas... Estaban imprimiendo escudos portugueses. Se acercó a otra: lo mismo. Y también la siguiente, y la siguiente... Las seis máquinas estaban fabricando moneda portuguesa.

—¿Shapiro dirige esto?

Uno de los hombres asintió con la cabeza.

—¿Qué hace con este dinero falso?

—Lo..., lo vende. Escuche, nosotros sólo somos...

—¿A quién lo vende?

—No sé... Tiene clientes en muchas partes del mundo. Nosotros somos los técnicos, no queremos...

—¿Para quién son estos escudos portugueses?

—Para una mujer, que fue enviada aquí por una organización.

—Ya sé... ¿Qué pretendían hacer con ese dinero?

—Creo... Creo que querían... invadir Angola y Mozambique de billetes falsos, con el propósito de..., de complicar las cosas allá. No sé más.

—Shapiro debe saberlo, ¿no?

—No. Nunca quiere saber nada... Vende dinero falso, eso es todo. Nunca pregunta. Vienen clientes, él les vende la moneda que quieren, a un diez por ciento de su valor nominal, y eso es todo.

—Ya me conformaría yo —dijo uno de la CIA— con el diez por ciento de todo esto, desde luego. Muchacho, menudo tinglado acabas de echar por tierra... Has estropeado los planes de una organización para sembrar cizaña en África y te has cargado a un falsificador de moneda de altos vuelos. ¡Tío listo el tal Shapiro...!

—Pero menos que Basil —dijo el otro de la CIA.

—Pura suerte —murmuró Conan—. Si no hubiese conocido a Octavia Silone precisamente por mis andanzas por esos mundos, supongo que ahora no estaríamos aquí... ¿Alguno de ustedes lleva armas? ¿No? Bueno... Asegúrate, Shanon, Carter, llama por la radio al jefe... No... Espera... No hay que asustar a Shapiro, quiero que él venga aquí... Por lo tanto, dile al jefe que lo sigan de lejos, que lo dejen viajar.

Carter asintió, sacó su radio de bolsillo y apretó el botón de llamada. La voz de Dexter Rosenwall fue claramente oída por todos:

—¿Sí? Adelante...

—Señor, estamos en una mina que ha sido habilitada para...

Carter continuó con su comunicación, mientras Basil, después de contemplar el movimiento negativo de Shanon, que había cacheado rápidamente a los impresores, tomaba una lámina impresa con billetes portugueses... Dinero para sembrar cizaña. Para provocar cualquier clase de complicación de las que sólo sirven para ocasionar muertes y miseria, sea donde sea. Dirigió una dura mirada a los inmóviles impresores, dejó la lámina y se dedicó a escuchar la última parte de la conversación entre Carter y Rosenwall...

—De acuerdo, señor. Se lo diré a Basil..., aunque nos está oyendo, señor.

—Espero vuestro aviso.

—Sí, señor.

Carter se guardó la radio, y miró expectante a Basil, jefe de grupo... Desde hacía tiempo, Basil Conan siempre era jefe de grupo; quizá por eso era el que estaba recibiendo más disgustos últimamente...

—¿Qué..., qué piensan hacer con nosotros? —murmuró uno de

los prisioneros.

—Eso no es cuenta nuestra. Los entregaremos para que sean juzgados, y los olvidaremos. Pero sí puedo decirle lo que haremos con este lugar: cuando nos vayamos de aquí, sólo quedará un montón de ruinas rodeadas de fuego. ¿Lo comprende?

El hombre bajó la cabeza. Basil miró su reloj. Luego, preguntó:

—¿Saben ustedes cómo se abre la compuerta de arriba?

—Sí... Sí, claro...

—Salgan de aquí. Shanon, entérate de cómo funciona esto, de modo que abráis la compuerta cuando Shapiro llame, o haga la señal, o lo que sea. Os voy a enviar a Boyd.

—Está bien.

Basil regresó a la galería hasta donde esperaba Boyd y señaló hacia atrás.

—Ve con ellos. Yo me quedaré aquí, Boyd.

—¿Todo ha ido bien?

—Sí. Son una pandilla de ratas, eso es todo. Tened cuidado.

Boyd se adentró por la galería, y Basil quedó solo allí, con el viejo coche, con los muertos..., y con el herido, que le miraba fijamente. Basil encendió un cigarrillo, se apoyó en el coche, y se dispuso a esperar. El silencio era total ahora.

Y de pronto, cuando estaba a mitad de fumar el cigarrillo, las pequeñas luces rojas se apagaron. Basil dejó caer el cigarrillo, lo aplastó con un pie, y se desplazó hasta donde estaba el hombre herido, sacando la pistola. Localizó su cabeza, y cuando el otro estaba respingando, le golpeó. Se oyó un gemido y el sonido de su cuerpo al caer completamente tendido.

Para entonces, había ya una rendija en la oscuridad, y por ella pudo ver las estrellas. La gran trampa se abrió lo suficiente, y en seguida apareció el coche, con todas las luces apagadas. Llegó abajo, se paró el motor. La trampa comenzó a descender... En pocos segundos la oscuridad volvió a ser total.

Y entonces, de nuevo se encendieron las pequeñas luces rojas.

Ronald Shapiro salió de su coche rápidamente, miró hacia la puerta del fondo, y entonces vio a Basil Conan, de pie junto al viejo coche, apuntándole con su pistola con silenciador. Parecía una estatua, pero Shapiro comprendió que no lo era... Sí, en un instante, comprendió todo lo que Basil Conan había llegado a saber, la

trampa que se le había tendido. Era un hombre tan inteligente que lo comprendió todo.

Menos una cosa: la expresión de la mirada de Basil Conan.

Por eso, sonrió con suficiencia mientras alzaba las manos y comenzaba a decir:

—Escuche, Con...

Plop.

Plop.

Plop.

Evidentemente, Basil Conan no tenía ganas de escuchar cuentos de ninguna clase.

ESTE ES EL FINAL

Parecía que no había nadie en el apartamento, porque estaba a oscuras, en silencio... Pero de pronto, se oyó el chasquido de un beso, un suspiro, y finalmente, una pregunta:

—¿Quieres más champaña, mi amor?

—No... Lo que quiero es que me digas qué pasó entre tú y la chica aquélla, la de los pájaros.

—¿No te lo he dicho...? Primero me quiso sacar los ojos, ya que yo era el causante de que su hermano volviese a prisión por más años, pero tuvo que comprender... Supongo que cuando reflexione aún más tiempo, Kate acabará por estarme agradecida. Por cierto... no me has dicho si te gustó el colibrí. Es un lindo pájaro, ¿no?

—Tú sí que eres un pájaro... de cuidado. Creo...

La voz quedó ahogada bruscamente. Diez minutos más tarde, fue la voz masculina la que se oyó en el apartamento a oscuras:

—¿Decías algo antes?

—No... Oh, debe ser tarde...

—No, no... Apenas las once de la noche...

—Entonces, tenemos tiempo... ¿Verdad?

—Tiempo... ¿Para qué?

—Qué antipático eres a veces, Basil. Tengo...

i

Ding-dong

!, resonó el musical timbre en el salón del oscuro apartamento.

—Ésa es la puerta —dijo la voz masculina—; ni caso. ¿Qué es lo que tienes?

—Pues tengo ganas de que...

i

Ding-dong

!, sonó de nuevo la musical llamada. Y en seguida, una voz de hombre llegó desde la puerta del apartamento hasta el salón:

—¡Basil, abre, soy yo! ¡Rosenwall...!

Las figuras del hombre y de la mujer aparecieron de pronto en el sofá, de un salto.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó la voz femenina.

—Santo cielo —gimió la voz masculina—. ¡Escóndete, pronto!

—¿Dónde...? ¿Dónde...?

—No sé... ¡En el armario! ¡Corre!

Ruido de pies, ruido de ropa... La luz se encendió, y Basil Conan quedó visible, ahora con los pantalones del pijama puestos.

i

Ding-dong

!

Llegó ante la puerta, suspiró profundamente y abrió.

Dexter Rosenwall entró como un rayo en el apartamento, directo hacia el salón.

—Siento despertarte, Basil, pero es urgente... ¡Urgentísimo! Tienes que partir hacia Estambul ahora mismo. —Dexter Rosenwall entró en el dormitorio mientras hablaba—. Maldita sea, no entiendo por qué todo el mundo está siempre buscando complicaciones... Bueno, ¿qué te pasa? Parece que hayas visto un fantasma... ¡Vamos, de prisa! Te voy a ayudar a hacer tu equipaje, porque tu avión sale...

Mientras hablaba, Dexter Rosenwall abrió el armario. Se quedó mirando a la hermosísima muchacha que hacía lo posible por ocultarse entre la ropa allí colgada, y que, comprendiendo ya la inutilidad de ese intento, se limitó a cubrirse el pecho como pudo, y sonreír también como pudo.

—Hola, papá —dijo.

—... A la una de la madrugada —terminó Rosenwall, con voz neutra, como atontado, y de pronto, enrojeció—: ¡Marylin! ¿Qué estás haciendo aquí?

—Pues... Bueno, yo...

—Es que... pasó por aquí, y... y subió a saludarme... —dijo Basil.

—¡A saludarte! —Enrojeció aún más Dexter Rosenwall—. ¿Desde cuándo hay que quitarse la ropa para saludar a una

persona?

—Es que... hace calor...

—¡Estamos en noviembre! —aulló el padre de Marylin.

—Papá...

—¡Tú te callas! ¡Desvergonzada! ¡Por todos los...!

—Papá; hace más de dos meses que Basil y yo estamos casados.

—¡Me importa...! —Dexter Rosenwall se quedó con la boca abierta; su siguiente reacción fue dejarse caer sentado en el borde de la cama—. ¿Estáis casados?

—Sí, papá.

—Pero..., pero..., pero... ¡no me invitasteis a la boda!

—Es que Basil no quería que lo supieses. Como eres su jefe en la CIA, y en su grupo no pueden haber agentes casados, pues...

—Eso —dijo Basil, con categórico gesto.

—Dios bendito... Estáis casados, yo he venido aquí como un bruto a molestaros... Hijos, lo siento... Yo... Caramba, no sé qué decir... Supongo que debo marcharme... Sí, eso es exactamente lo que tengo que hacer. O sea, que me voy —se puso en pie—. Eso es, me voy... ¡Ya lo creo que me voy! En cuanto a ti —se volvió hacia el armario—, ¡de esto hablaremos mañana en casa!

—Sí, papá...

—Sí... Hablaremos mañana, eso es... Y nos tomaremos las cosas con calma...

—Celebro que se lo tome así, señor —sonrió Basil como si le doliese el estómago—. Respecto a ese trabajo en Estambul, pues me visto en dos minutos y...

—Oh, no, no, no, muchacho... Nada de eso. Vamos a enviar allá a otro agente. Hay muchos esperando, pero pocos como tú para ocupar cargos más adecuados... Mañana hablaremos. Adiós...

Salió del dormitorio. Marylin y Basil Conan se miraron y ella, finalmente, salió del armario y se abrazó a él.

—Lo siento, mi amor —susurró—. Me temo que ya no podrás volver a jugarle la vida por esos mundos.

—Quizá sí. Tu padre parece no haber pensado en eso. Quizá conmigo haga una excepción que...

—¡Y estás despedido del grupo! —tronó la voz de Rosenwall en la puerta del dormitorio, se volvieron a mirarlo sobresaltados—. Despedido, ¿comprendes? ¡Fin, se terminó, fuera de órbita! ¡Des-pe-

di-do!

El suegro de Basil Conan desapareció definitivamente. Oyeron el portazo y los dos suspiraron a la vez.

—Estoy segura —se condolió Marylin— de que papá tendrá para ti algo interesante...

—De momento —sonrió maliciosamente Basil— tuvo una hija. ¿Qué te parece si apagamos la luz y volvemos al sofá... a beber champaña?

—¡Oh, sí, Bas...!

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Angela Windsor y Giselle...